

GALERÍA DRAMÁTICO-LÍRICA SEVILLANA.

EL TEATRO:

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA:

SRES. GULLON É HIDALGO.

Madrid: Pez: 40: segundo.

# LOS DESCONOCIDOS,

Comedia

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

(ESTRENADÁ EN EL TEATRO DE S. FERNANDO Á BENEFICIO DEL PRIMER ACTOR,  
D. ASENCIO FAUBEL.)



SEVILLA:

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extranjera  
de D. José M.<sup>a</sup> Geofrin, Siérpes, 35.

1867.



Digitized by the Internet Archive  
in 2015

GALERÍA DRAMÁTICO-LÍRICA SEVILLANA.

---

EL TEATRO:

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA:

SRES. GULLON É HIDALGO.

Madrid: Pez: 40: segundo.

---

---

# LOS DESCONOCIDOS,

Comedia

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

*(Representada en el Teatro de San Fernando.)*



SEVILLA:

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extranjera

de D. José M.<sup>a</sup> Geofrin, Siérpes, 35.

1867.

PERSONAS.

ACTORES.

Matilde. . . . .	Sras.	PÉREZ DE FERNÁNDEZ.
Leonor.. . . .	«	TENORIO.
D. Álvaro Sandoval. . .	Sres.	TAMAYO Y BÁUS.
El marqués de Mondragon.	«	FAUBEL.
El baron de la Hortaleza..	«	FERNÁNDEZ.
Don Juan. . . . .	«	PALAU.
Domingo, negro. . . . .	«	LUNA.
El marqués-presidente. .	«	BARBERÁ.
Un patron. . . . .	«	PASTOR.
Un criado. . . . .	«	N. N.

---

**NOTA.**

Las obras de esta Galería pertenecen en cuanto á su administracion á «EL TEATRO,» empresa de los Sres. Gullon é Hida'go: Madrid: Pez: 40-2.º—Tiene corresponsales en toda España y sus posesiones de Ultramar.

AL SEÑOR D. VICTORINO TAMAYO Y BÁUS,

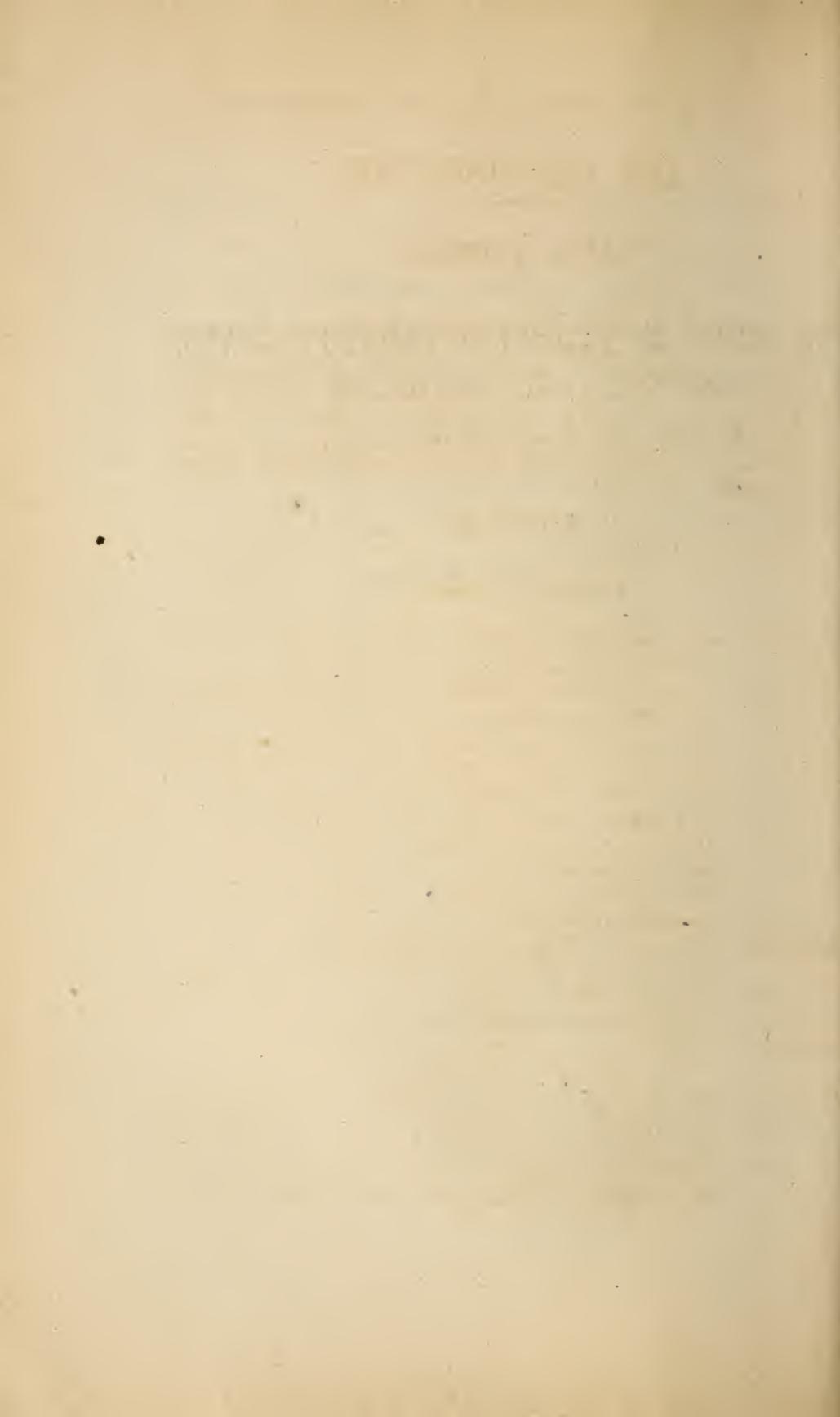
JÓVEN Y APLAUDIDO ARTISTA DRAMÁTICO,

*en testimonio de sincera estimacion,*

justo aprecio de sus relevantes dotes,

y viva gratitud á sus leales consejos,

**El Autor.**



---

---

# LOS DESCONOCIDOS.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Pasa la acción en una fonda de Sanlúcar de Barrameda. El teatro representa galería con jardín al foro: columnas á derecha é izquierda por bastidores: butacas de verano: sillería de reja: mesitas portátiles: asientos de tijera. Aparecen á la izquierda Don Juan, sentado ante una mesilla, tomando un refresco, y á la derecha Domingo, paseando con las manos á la espalda. Se oye una habanera, figurando ser tocada por músicos ambulantes, harpas y violines.

### ESCENA 1.<sup>a</sup>

---

*Don Juan y Domingo.*

- D. JUAN. — Es necesario arrostrar  
el destino con valor,  
y con un golpe atrevido  
despejar la situación.  
En vano el alma me nubla  
con sus sombras el temor;  
que triunfa de la cabeza  
la causa del corazón.  
¿Por qué vino á complicar  
este malhadado amor  
del problema de mi suerte  
la dudosa solución?
- DOMINGO. — (*Cantando.*) "Chinita, yo traigo frío:  
"dáme consuelo con tu caló."
- D. JUAN. — ¿Por qué sobre mi nivel  
tanto se eleva Leonor?
- DOMINGO. — "Chinita, yo traigo frío:  
"dáme consuelo con tu caló."
- D. JUAN. — Dió á mis proyectos la pérdida  
de mi padre un golpe atroz,  
que agrava con sus manejos  
sospechoso curador.  
Mi hermana en edad nubil,

débil de constitucion,  
necesita de mi apoyo  
y cariñoso favor.  
Juan, consuma el sacrificio  
y dí como el hombre-Dios:  
"cúmplase tu voluntad  
antes que la mia, Señor."

DOMINGO. — "Chinita, yo traigo frio:  
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. — Me tortura el sentimiento  
y me mata la razon.

DOMINGO. — "Chinita, yo traigo frio:  
"dáme consuelo con tu caló."

D. JUAN. — Canta, pobre mozo esclavo.  
Yo envidio tu buen humor.

ESCENA 2.<sup>a</sup>

*Dichos y el Patron.*

PATRON. — (*Ap.*) Por las señas de mi suegro  
él delante se me pone.

(*A Domingo*) Amigo, aunque usted perdone  
esta pregunta.... ¿Usted es negro?

DOMINGO. — (*Incómodo.*) Moreno.

PATRON. — (*Ap.*) Como la tinta  
que sale del calamar.

(*Alto.*) Hombre, yo vengo á buscar  
á uno de su misma pinta,  
el que vino este verano  
de esclavo, ú de cosa así,  
de un señor, que no es de aquí,  
que diz que es americano.

DOMINGO. — Vaya bien.

PATRON. — Y con fin bueno,  
porque yo soy un buen hombre,  
vengo á preguntar el nombre  
del amo de ese..... moreno.

DOMINGO. — Don Álvaro.

PATRON. — ¿Regular  
de estatura? ¿Pelo oscuro?  
¿Aire resuelto y seguro?....  
Pues no hay más que preguntar.

DOMINGO. — Conque , adios.

PATRON. — Detenga el pié.  
Yo soy el patron Juan Merlo.

DOMINGO. — Está bien.

PATRON. — Y vengo á verlo  
para hablar con su mercé.

DOMINGO. — Há salido.

PATRON. — Él volverá.

DOMINGO. — Y es claro.

PATRON. — Vendré mas tarde.  
Que le digas que me aguarde.

DOMINGO. — Bueno.

PATRON. — ¿Te se olvidará?

DOMINGO. — No tan simple le parezca.

PATRON. — Yo soy de aquí , de Sanlúcar ,  
patron del místico Fúcar  
para lo que te se ofrezca.

DOMINGO. — Gracias.

PATRON. — No puedo admitirlas ,  
sin embargo de estimarlas ;  
porque cuando vengo á darlas  
no me toca recibirlas.

DOMINGO. — Tardar no puede el señor.

PATRON. — Yo me pongo aquí de un brinco.  
Vaya. Vengan esos cinco.  
Yo no reparo en color.

DOMINGO. — Camará. (*Tendiendo la mano.*)

PATRON. — De corazon,  
que á estar en la mano mia  
esa cara te ponía  
mas blanca que el algodón.  
Que dés la razon te ruego.

DOMINGO. — Vaya con Dios su mercé.

PATRON. — Poco tiempo tardaré.  
Adios.... moreno. (*Váse por el foro.*)

DOMINGO. — Hasta luego.

### ESCENA 3.ª

*Don Juan y Domingo.*

D. JUAN. — Fáusta ocasion no distingo  
de entregarle este papel. (*Saca un billete.*)

Si por un conducto fiel...  
 (*Levantándose.*) Este muchacho.... Domingo.  
 DOMINGO.—¡Ah D. Juan!

D. JUAN. — (*Ap.*) Es un abuso  
 que la prevision reprueba.  
 Si D. Álvaro no aprueba....  
 Pero si este medio excuso,  
 aunque al decoro no cuadre  
 y la amistad me haga cargos,  
 ¿cuál escoger contra un Árgos  
 del calibre de ese padre?

DOMINGO.—¿Qué quiere?

D. JUAN. — De tu viveza  
 demostracion no prolija:  
 dar este papel á la hija  
 del Baron de la Hortaleza.

DOMINGO.—Salió.

D. JUAN. — No puede tardar.  
 Dáselo con discrecion.  
 Es letra de una cancion  
 que yo me presté á arreglar,  
 y... cosas de las mugeres,  
 trata para sorprender  
 que nadie llegue á entender  
 este secreto. ¡Qué quieres!  
 Hay que tener complacencia,  
 y ella es muy egecutiva.  
 Conque nadie se aperciba  
 de tan árdua diligencia.  
 Cuenta no vaya á reñirme.  
 Con sigilo. ¿Estás?

DOMINGO.— Estoy.

D. JUAN. —Gracias, Domingo. (*Ap.*) Me voy.  
 de miedo de arrepentirme.

Escucha. Toma.... (*Registrando el bolsillo.*)

DOMINGO.— No quiero.

D. JUAN. —Por favor te lo reclamo,  
 Domingo.

DOMINGO.— Me ha dicho el amo  
 que á nadie tome dinero.

D. JUAN. —Pero....

DOMINGO.— Nada hay que me venza.

D. JUAN. —Mira....

DOMINGO.— Cuando me lo paga

algo malo quiere que haga.

D. JUAN. --(Ap.) Me sofoca la vergüenza.

(Alto.) No mas del asunto se hable.

Es cosa de buen estilo

la comision. Con sigilo.

(Ap.) Vamos: soy un miserable.

(Sale por el fondo.)

ESCENA 4.<sup>a</sup>

*Domingo, poco después Leonor y Matilde.*

DOMINGO. —Será una cancion de rango,  
de esas tan tristes y tan....  
sin los golpes del tam-tam,  
y sin el compás del tango.  
A la gente de color  
le gusta el canto bravío:  
"Chinita, yo traigo frio  
"dáme consuelo con tu calor."

MATILDE. —Amiga Leonor, es nulo  
ese empeño en ocultar  
un inquieto malestar  
que no admite disimulo;  
porque cuando el alma entiende  
que su triste afan encubre  
es cuando mas le descubre,  
y con su esfuerzo le vende.  
(Se sientan á la izquierda en dos butacas.)  
Franqueza, niña querida,  
y una absoluta confianza;  
que á mi edad harto se alcanza  
de los lances de la vida.

LEONOR. —Matilde ¡cuánto mitiga  
del ánimo la inquietud  
con tierna solicitud  
una verdadera amiga!  
¡Cuánto de mi intenso mal  
han conjurado el efecto,  
su puro y constante afecto,  
su prevencion maternal!  
Me pide usted con razon  
de mi secreto la clave,

y la ingratitud no cabe,  
Matilde, en mi corazón.

*(Con melancólica confianza.)*

Desde que perdí á mi madre,  
de madres cristianas prez,  
soy presa de la altivez  
y la ambición de mi padre.  
Mi suerte á su intento aduna;  
de amor me roba al arrullo:  
áncora soy de su orgullo,  
y alarde de su fortuna.  
De mi educación modesta  
á que reniegue me obliga,  
y á que sus antojos siga  
á sus cálculos dispuesta.  
De la envidia los rencores  
sufriendo voy resignada,  
pobre víctima, llevada  
al sacrificio entre flores.  
Vedado al pecho el amor,  
y al seco interés vendida,  
arrastro enojosa vida  
entre fáusto y esplendor;  
y aguardo que al fin esploté  
mi porvenir malhadado  
algun prócer arruinado  
á quien seduzca mi dote.

MATILDE. — ¿En esa sombría pintura  
no imprimen negro color  
de algun combatido amor  
el despecho y la amargura?

LEONOR. — Matilde.....

MATILDE. — Yo hago memoria,  
y tengo..... así..... cierta luz  
de un estudiante andaluz  
que..... Complete usted la historia.  
Diz que era un jóven cabal,  
y aplicado, y de esperanzas.  
¿Hubo súbitas mudanzas...?  
¿El Barón le encontró mal...?

LEONOR. — En casa de Mister Kean,  
de mi padre compañero,  
me prendó el trato sincero  
de Don Juan de Albarracín:

mancebo de honrada cuna;  
 simpático y agradable;  
 alma recta; trato afable,  
 y de mediana fortuna.  
 Cortés y asíduo á mi lado  
 fiel obsequio me rendia;  
 mostrándose cada dia  
 mas galante y delicado.  
 Y de uno en otro favor,  
 admitido en sociedad.....

MATILDE. — La llama de la amistad  
 trocose en fuego de amor.  
 Es la historia sempiterna  
 del pobre linage humano.  
 Y bien ¿qué influjo tirano  
 cortó inclinacion tan tierna?

LEONOR. — A nuestro amoroso objeto  
 temiendo contradicciones  
 calculamos condiciones  
 de discrecion y secreto.  
 Mas de curiosos insultos  
 sufrimos luego el rigor.

MATILDE. — Las riquezas y el amor  
 no pueden estar ocultos.  
 Así lo dice un refran,  
 que es evangelio abreviado.

LEONOR. — Mi padre quedó enterado  
 de nuestro amoroso plan.  
 Y al fin de una escena cruel  
 de sarcasmo y de ironia:  
 «no quiero en casa, decia,  
 «los amantes de Teruel.»

MATILDE. — Comprendo lo sucedido:  
 declaracion terminante  
 de hostilidad á el amante:  
 llamarle el desconocido:  
 abrumar á usted á riñas:  
 darle disgustos sin fin.....  
 Todo lo que Moratin  
 toca en el «*Si de las niñas.*»  
 Víctima soy de ese trato,  
 en desventuras fecundo.

LEONOR. — Con respeto el mas profundo  
 obedecí su mandato.

A casa de Mister Kean  
no torné en la temporada.  
Toda conexion cortada  
quedó con Albarracin.

MATILDE. ---De la regla general  
forma usted digna excepcion;  
que escasos los tipos son  
de esa obediencia filial.  
Y el amante ¿acató asi  
solucion tan dura y fria?

LEONOR. —Partió para Andalucía,  
y le hé visto ayer aqui.

MATILDE. —Pero ¿dónde?

LEONOR. — En el hotel.

MATILDE. —¡Es posible!

LEONOR. — Y mucho temo  
de su pasion un extremo;  
porque es decidido y fiel.

MATILDE. ---¿Es el jóven que ayer noche  
nos acompañó á cenar?

LEONOR. —El mismo.

MATILDE. — ¿El que fué á buscar  
el americano en coche?  
Es un apuesto doncel,  
cuya figura previene....

LEONOR. —(*Levantándose.*) Vámonos. Mi padre viene.

MATILDE. ---Pues ¡plaza á Don Pedro el Cruel!  
(*Se retiran por la derecha.*)

DOMINGO. —Darle el papel es mejó  
cuando no haya desavio:  
«Chinita, yo traigo frio:  
«dáme consuelo con tu caló.”  
(*Se retira hácia el foro.*)

#### ESCENA 5.<sup>a</sup>

*El marqués, el baron y Domingo.*

BARON. —Marqués, el antiguo régimen  
es insostenible ya;  
pués con el moderno espíritu  
es un delirio luchar.

MARQUÉS. —Repito que es un escándalo  
este amalgama social,

que leyes, costumbres, prácticas,  
ha venido á trastornar.

Sus franquicias pusilánime  
retracta la autoridad,  
y esconde sus fueros tímida  
ante una turba procaz,  
acosada por el vértigo  
de crecer y figurar.

Yá no hay clases: yá no hay títulos  
de respetabilidad.

El prójimo yá no es prójimo  
en esta lucha fatal;  
sino el verdugo ó la víctima  
que temer ó que inmolar.

BARON. —De negro vapor la lúgubre  
impresion mostrando está  
la furibunda filípica  
que acaba de pronunciar.

MARQUÉS.—Esta es obra de otro Dédalo:  
un laberinto infernal,  
donde escuela demagógica  
nos ha venido á enredar.

Maldigo la secta estúpida  
que nutre y fomenta el mal;  
queriendo fundir dos épocas,  
imposibles de asociar.

Reclamo un sistema rígido  
de restauracion moral  
que trace con mano enérgica,  
y bajo el antiguo plan,  
esos necesarios limites,  
ese justo valladar,  
que de tropeles frenéticos  
pongan á salvo la paz.

BARON. —Marqués, no estamos en la época  
de Robespierre y Marat;  
ni para esa *salus pópuli*  
hay motivo racional.

MARQUÉS.—¡Conque nó! Pues siga impávida  
la gaita por el lugar.  
Tolerancia con los discolos,  
y culto libre á Belial.  
Vengan luego los apóstoles  
de la confraternidad,

y extingan los restos miseros  
de la prez tradicional.  
Cedan los ilustrés vástagos  
de Giron y de Guzman  
á los Gracos de ia víspera  
sus preeminencias y hogar.  
Lance turbulenta cámara  
la deshecha tempestad,  
cuyos formidables ímpetus  
cambian de un pueblo la faz.  
Y hasta el calendario múdese,  
la epacta, el ciclo solar.  
Y haya su rato de trágala;  
la marsellesa; el çá-irá;  
el tú por tú de los cuákeros,  
y viva la libertad.

BARON. —Con el pesimista cáustico  
discutir está demas.

MARQUÉS.—Con el optimista acérrimo  
no se puede cuestionar. (*Se sienta.*)

BARON. —Ha empezado nuestro diálogo  
por la cuestion capital  
del siglo, y que nuestros pósteros  
felices resolverán.

MARQUÉS.—A los timbres aristócratas  
declaró en caducidad,  
reemplazados en sus ínfulas  
por la gente de caudal.

BARON. —Dije á usted que llegó el término  
para la feudalidad.

MARQUÉS.—Sí; que ocupe el campo histórico  
la familia comercial.  
Esa evolucion es lógica.

BARON. —Y á realizarse vendrá.

MARQUÉS.—La calidad es justísimo  
que ceda á la cantidad.

BARON. —La nueva ciencia económica  
ha venido á revelar  
que la produccion y el tráfico  
la vida á los pueblos dan,  
la contratacion y el crédito  
contribuyendo á formar....

MARQUÉS.—¿Y esa gerga filosófica  
á qué tiende en puridad?

- BARON. —Dá la clave de un fenómeno  
que usted quiere desvirtuar.  
Mas que los recuerdos ínclitos  
del Cid ó el Gran capitán  
aprecia bancos y fábricas  
la pública utilidad.  
Y así descende el barómetro  
de los nietos del Pulgar,  
mientras suben al pináculo  
los hombres de capital.
- MARQUÉS.—Pues ¡paso á la grey judaica  
que aquí se vuelve á instalar,  
porque los Reyes Católicos  
(*Levantándose.*) no tienen posteridad!  
Alzad altares al ídolo  
del interés material.
- BARON. —Marqués, su sangriento apóstrofe  
ofende la dignidad  
de una clase....
- MARQUÉS.—               Que á la cúspide  
pretende osada trepar  
por las infamias del préstamo,  
por la explotacion rapaz;  
abusos, bajezas, crímenes  
queriendo en vano dorar.
- BARON. —Marqués, tan violenta hipótesis...
- MARQUÉS.—Baron, esta es la verdad.  
Esos héroes de la cábala  
su fortuna al consumir  
con el manto de los próceres  
quieren cubrir su ruindad.
- BARON. —¡Marqués!...
- MARQUÉS.—               Baron, al periodo  
póngase punto final.  
Usted es el polo antártico,  
y yo el ártico.
- BARON. —               Jamás  
conventrian nuestros dictámenes.
- MARQUÉS.—Es una fatalidad;  
pero no causa catástrofe  
en la harmonía universal.
- BARON. —El porvenir está próximo.
- MARQUÉS.—Lo que haya de ser será.  
(*Sale por la derecha.*)

*El Baron y Domingo.*

BARON. — ¡Insolente personaje!  
 ¡Cual sus pasiones desfogan!....  
 Hé aquí un hombre á quien ahogan  
 la vanidad y el corage.  
 Miserable, que no vé  
 en el cénit español  
 el giro augusto de un sol  
 que no detendrá Josué.  
 Ceda tu clase su fuero  
 y sus timbres primitivos  
 á los potentes y altivos  
 sémi-dioses del dinero.  
 Abra paso lo que fué  
 de lo nuevo á la existencia.

*(Domingo se acerca al Baron con grande misterio.)*

DOMINGO. --- Señor, si me dá licencia,  
 quiero hablar con sumercé.

BARON. — Yá te escucho,

DOMINGO. — *(Con embarazo.)* Estaba yo  
 aquí mimo denenante  
 cuando D. Juan.....

BARON. — Adelante.

DOMINGO. — Vá, me mira, y me llamó.  
 Me dice-Domingo....

BARON. — En fin.

¿Qué D. Juan? Señas reclamo.

DOMINGO. — Es un amigo de mi amo.  
 D. Juan de Barracancin....

BARON. — ¡Albarracin!

DOMINGO. — Eso: eso.  
 Conque voy: me arrimo á él;  
 y entonces me dió un papel,  
 y con cargo muy expreso  
 de que nadie se enterara,  
 que mucho me lo encargó,  
 á la hija de usté, señó,  
 me dijo que lo entregara.

BARON. — ¡Ola!

DOMINGO. — Y no pude hasta ahora  
el mandato obedecé;  
que entró con otra mugé....  
digo, con otra señora.

BARON. — ¡Bravo!

DOMINGO. — Yo dije-compadre,  
ocasion mijó vendrá.—

(*Le dá el billete.*) Tenga usted. Lo mimo dá  
una hija que su padre.

BARON. — Justo. (*Ap.*) Importa que yo lea  
del galan la esplicacion:

DOMINGO. — Es letra de una cancion:  
cuide que nadie la vea.  
Y cállelo por su vida;  
¡que D. Juan me lo encargó  
tanto!....

BARON. — Ya le pondré yo  
buena música. Descuida.

DOMINGO. — Yo me retiro, señó.

BARON. — Anda con Dios, hijo mio.

DOMINGO. — "Chinita, yo traigo frio:  
"dáme consuelo con tu caló."

### ESCENA 7ª.

—

*El Baron, poco después D. Juan.*

BARON. — ¡Vamos! Hay casualidades  
que parecen providencias.  
No sé por qué me repugna  
romper del billete el nema;  
y ello es preciso que yo  
si hay un riesgo le prevenga.  
Resolucion!... Alguien viene.

(*Guarda el billete.*)

D. JUAN. — (*Ap.*) El padre!

BARON. — (*Ap.*) El galan! ¡Qué idea!

(*Alto.*) Caballero....

D. JUAN. — (*Saludando.*) Señor mio....

BARON. — Dispense usted la molestia.  
Una palabra.

- D. JUAN. — Me tiene,  
caballero, á su obediencia.
- BARON. — Sirvase usted.... (*Ofreciéndole asiento.*)
- D. JUAN. — Muchas gracias.  
Estoy bien.
- BARON. — Como usted quiera.  
Ante todo, le suplico  
que excuse la inconveniencia....
- D. JUAN. — No hay de qué.
- BARON. — Si lo permite  
voy á entrar luego en materia.
- D. JUAN. — Sumiso aguardo sus órdenes.
- BARON. — Mucho estimo su fineza.  
Señor D. Juan, de su mérito,  
sus circunstancias y prendas,  
llegaron á mi noticia  
las honoríficas pruebas.
- D. JUAN. — Señor....
- BARON. — Brillante discípulo  
preció á la central escuela,  
y notable profesor  
hoy en su claústro descuella.  
Resalta en el Ateneo  
entre la brillante pléyada,  
y electriza su palabra  
del derecho en la Academia.
- D. JUAN. — Suplico á usted....
- BARON. — Sus lecciones  
populariza la prensa,  
y en los debates forenses  
relevantes dotes muestra.
- D. JUAN. — Señor Baron, sus lisonjas  
mortifican mi modestia.
- BARON. — Tal cualidad del talento  
es perenne compañera.
- D. JUAN. — Pero en fin.....
- BARON. — (*Con ironía.*) Reprima usted  
esa fogosa impaciencia.  
Yo celebro la ocasion  
que á su persona me acerca,  
y me proporciona un título  
para hacerle una advertencia.
- D. JUAN. — Mucho retarda el favor  
que su bondad me dispensa.

BARON. — Joven, usted subirá  
á superiores esferas  
si á sus grandes condiciones  
equipara la prudencia.

D. JUAN. — Señor Baron ¿es consejo?

BARON. — Llámeme usted como quiera.  
Es lástima que le roben  
á sus ilustres tareas  
ambiciones prematuras  
ó sociales exigencias ;  
y sobre todo, el amor,  
que es de la razon la venda,  
y costó á Sanson el pelo  
y su gloria al Rey-profeta.

D. JUAN. — Ignoro las circunstancias  
que motivan tal reseña.

BARON. — Amor hizo hilar á un Hércules,  
al simbolo de la fuerza ;  
extinguendo en Salomon  
la mas rara inteligencia.

D. JUAN. — Suplico á usted, caballero,  
que ponga fin á esta escena.

BARON. — Pues sentado que el amor  
al mas lince ofusca y ciega,  
le esplicará este papel  
el motivo de mi arenga.

*(Entregándole el billete.)*

D. JUAN. — Caballero.....

BARON. — El portador  
procedió como quien era,  
y la eleccion del conducto  
su tacto no recomienda.

D. JUAN. — No sé cómo.....

BARON. — ¿Hé adquirido  
el papel? Una torpeza.  
Espero, señor Don Juan,  
que desista de su empresa,  
y le anticipo las gracias  
por conducta tan discreta.  
¿No es así?

D. JUAN. — Dispense usted,  
pues que provoca mi réplica.  
Está usted en su derecho  
oponiendo resistencia

- á los votos de mi amor...
- BARON. — Celebro que así lo entienda.
- D. JUAN. — Pero yo estoy en el mio,  
insistiendo con vehemencia  
en pretensiones de afecto  
que ni ley ni honor reprueban.
- BARON. — Sé los derechos de padre.
- D. JUAN. — Yo conozco donde empiezan,  
y dónde existe la valla  
que de abusos los preserva.
- BARON. — Ahorremos los resultados  
de una esplicacion violenta...
- D. JUAN. — Imposible entre nosotros,  
aunque usted la promoviera.

ESCENA 8.<sup>a</sup>

—

*Dichos y D. Alvaro, que se acerca poco á poco.*

- BARON. — Caballero, mi fortuna,  
mi posicion, y la alteza  
de relaciones y crédito  
á mi situacion anexa,  
el cariño paternal,  
el interés, y la idea  
del mas allá de la tumba  
que una raza representa,  
me sugieren pensamientos  
que en usted no se completan.
- D. ÁLVARO-- Perfectamente, baron, (*Interponiéndose.*)  
y apoyo la reprimenda.
- (*A D. Juan.*) Si señor, y es muy extraño  
que un jóven de génio y letras  
no reconozca distancias,  
y no respete barreras.
- BARON. — Exactamente.
- D. JUAN. — Don Álvaro!...
- D. ÁLVARO-- Los hombres tienen sus épocas,  
y cuando yunques aguantan,  
y cuando martillo aprietan.
- BARON. — ¡Cómo!
- D. ÁLVARO-- Es claro, y el señor (*Señalando al Baron.*)  
vivo ejemplo nos presenta.

Natural de Arrigorriaga,  
y de humilde procedencia,  
vino á Madrid mozolejo,  
y sin tener dos pesetas;  
colocándose en la casa  
de D. Lúcas de Ibarbéitia,  
almacen de ultramarinos  
en la calle de Carretas.

BARON. — Esa historia....

D. ÁLVARO.-- Es la leccion  
mas elocuente y severa.  
Habia entonces el estilo  
en todas las dependencias  
mercantiles de casar  
á dependientes y horteras  
con las hijas ó prohijadas  
de los dueños... ¡Linda breva!  
El buen Don Lúcas tenía  
dos hijas como dos perlas,  
y como perlas salieron:  
una blanca y otra negra.  
Tocó la blanca al señor,  
sér de fabulosa estrella,  
y la hermana... yá es difunta.  
Dios en descanso la tenga.

BARON. — Pero esa historia.....

D. ÁLVARO.-- Es precisa  
para sacar consecuencias.  
Don Lúcas murió, dejando  
de su haber por herederas  
á las niñas que partieron  
á millon cada una de ellas.

D. JUAN.— ¡Basta...!

D. ÁLVARO.-- Pecador rebelde,  
aguarde su penitencia.  
Este señor desde luego  
puso en alquiler la tienda;  
inaugurando la série  
de sus gloriosas empresas.  
Vino la guerra civil  
con sus tristes peripecias,  
y el señor Baron obtuvo  
en medio de aquella gresca  
el cargo de contratista,

que desempeñó en conciencia.  
 Pero la envidia insidiosa  
 que en el mérito se ceba  
 propaló que se cobraban  
 como legales expensas  
 sumas, que por otra parte  
 no salían de la gabela.

BARON. — ¡Infamias!

D. ÁLVARO.-- Para abreviar.

En lo vivo de la guerra  
 la desamortización  
 Mendizabal nos presenta.  
 Muchos repugnan el caso.  
 Varios un fraude recelan.  
 Otros temen compromisos  
 en un cambio de sistema,  
 y el señor Baron jugando  
 el albur con alma intrépida  
 entre urbano y entre rústico  
 compró á Castilla la nueva.  
 Y en tal precio y tales plazos  
 que debió comprar la vieja.

BARON. — El relato se prolonga,  
 y yo tengo que...

D. ÁLVARO.-- Yá llega (*Deteniéndole.*)

el epílogo, Baron,  
 y tras dél la moraleja.  
 Concluye la lid terrible  
 en el año de cuarenta,  
 y rico y considerado  
 este caballero queda.  
 Cambia el aspecto político,  
 y sus amistades nuevas  
 le valieron en la Bolsa  
 una fortuna estupenda.  
 Otra vez tornó la envidia  
 á sus inícuas ofensas.  
 Se habló de combinaciones,  
 de primas en carreteras,  
 de anticipos reembolsables....

BARON. — Señor Don Álvaro.....

D. ÁLVARO.-- Nécias

y ridículas especies,  
 impropias de gente seria.

El señor se hizo banquero  
de reputacion inmensa,  
y á poco ostentaba el titulo  
de baron de la Hortaleza.  
¡Y vea usted lo que es la envidia!  
Al dár del suceso cuenta  
cierto diario de la córte  
puso con todas sus letras  
el baron de la Hortaliza,  
en son de yerro de imprenta.

BARON. --Últimamente....

D. ÁLVARO.-- Ecce homo.

El que así procede y trepa  
á la cumbre del poder,  
y de la humana grandeza,  
tiene un derecho inconcuso  
á decir á quien se atreva  
á pretender el honor  
de entrar en su parentela:  
—«Cuando usted llegue á mi altura  
tendrá legitima audiencia.»

BARON. —Justo.

D. ÁLVARO.-- En tanto con el brillo  
de su rango y sus riquezas  
el señor baron la mano  
de su linda hija reserva  
ó para un grande de España  
ó para un lord de Inglaterra;  
para un bajá de tres colas  
ó para un shak de la Pérsia.

(Ap. al Baron.) Dura ha sido la leccion.

Mírele usted las orejas.

(Ap. á D. Juan.) Si el Baron es basilisco  
termina el lance en tragedia.

### ESCENA 9.<sup>a</sup>

—

*Dichos, Leonor, el marqués, Matilde con un periódico, y vá-  
rios huéspedes que se instalan en la galería en grupos  
diferentes.*

MATILDE. —Singular es la ocurrencia.

LEONOR. —Y el lance no hemos sabido.

MARQUÉS, — Bien el héroe ha merecido  
la cruz de beneficencia.

BARON. — ¿De qué se trata?

MARQUÉS. — Se trata  
de un nadador ágil, fuerte,  
que á las garras de la muerte  
á dos niños arrebató.

MATILDE. — En este suelto se cuenta  
tan notable bizzarria.

BARON. — ¿Y el salvador todavía  
la figura no presenta?

MATILDE. — (*Leyendo.*) "Era un hombre de gran brío  
"y de rara intrepidez.  
"Salvó á los dos, y á la vez,  
"y tornó á lanzarse al río  
"para evitar que la gente  
"reunida le conociera.

MARQUÉS. — Es condicion noble y fiera,  
propia de un hombre valiente.

BARON. — Es un hecho sin valor;  
que segun del trance infiero  
es el héroe un marinero,  
y tal vez gran nadador:  
gente en esas cosas lista,  
y acostumbrada á ese apuro.

(*Á D. Álvaro.*) ¿Qué opina usted?

D. ÁLVARO-- De seguro  
que no era capitalista.

BARON. — Mi idea....

D. ÁLVARO-- La traduzco fiel,  
y su reparo yá es viejo.  
Expone siempre el pellejo  
el que no tiene mas que él.

#### ESCENA 10.

#### *Dichos y el Patron.*

PATRON. — Con el permiso de ustedes,  
y perdonen si molesto,  
¿Don Álvaro Sandoval  
quién es de estos caballeros?

D. ÁLVARO-- Servidor de usted.



(A *Matilde*.) A la mesa nos invita  
del metal sonoro el eco. (*Le ofrece el brazo.*)

MATILDE. -- ¿Usted conoce á D. Álvaro,  
Baron, de hace mucho tiempo?

MARQUÉS. -- El cavaliero servente (*A Leonor.*)  
ofrece á usted sus obsequios.  
(*Salen por el foro.*)

ESCENA II.

*Don Juan, poco después D. Alvaro y Domingo.*

- D. JUAN. -- Alma, basta de sufrir.  
Corazon, no te subleves.  
Oh fantasia, no me llesves  
en el espacio á morir.  
Polo de amor é idealismo,  
hoy halla en tí mi desvelo  
ante mis ojos el cielo  
y ante mis piés el abismo.  
Adios, sueños que forjé  
deliciosos en mi mente.
- D. ÁLVARO--Jóven, levanta la frente,  
y nunca pierdas la fé.
- D. JUAN. -- Él infortunio vá en pos,  
Don Álvaro, de mi huella.  
Nací bajo infausta estrella.
- D. ÁLVARO--Huérfano, te queda Dios.  
Y es bien pródigo contigo,  
pués de tu padre en defecto  
te depara en mí el afecto  
de un hermauo y de un amigo.
- D. JUAN. -- Déjeme usted sucumbir  
al peso de mi destino.
- D. ÁLVARO--Debes abrirte el camino  
que conduce al porvenir.  
Juntos, y por nobles modos,  
realicemos nuestro plan:  
obstáculos surgirán:  
los arrostraremos todos.  
De las sombras á la luz  
en el paso temerario  
á la cima del Calvario

llevaremos nuestra cruz.  
Y Dios dará á nuestra empresa  
su proteccion soberana.

DOMINGO.—Yá tocaron la campana.

D. ÁLVARO--Gracias, Domingo. A la mesa.

(Toma del brazo á D. Juan y le lleva aparte.)

Lema: morir ó vencer.  
A Madrid vamos unidos,  
y allí los desconocidos  
se darán á conocer.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Salon de recibimiento en la fonda de Sanlúcar de Barrameda, decorado con suma elegancia; puerta al foro y dos laterales. Sobre la mesa, colocada en medio de la estancia, se ven revistas y periódicos. Domingo se ocupa en examinar un grabado de la *Ilustracion* que representa vários tipos de naciones africanas. Es de noche.

### ESCENA 1.ª

---

*Domingo, poco después Matilde*

DOMINGO.—(Leyendo) «*Tipo del negro mandinga con su traje de batalla...*»

Asi estarán mis parientes,  
con plumas, flechas y lanzas,  
el zarcillo en la nariz,  
y pintado el cuerpo á rayas,  
mientras yo llevo librea  
y sombrero de cucarda,  
y hago de perro en dos piés,  
ó asi... de una cosa que habla.  
Es verdad que la cabeza  
aquí tengo asegurada,  
y no me vende un gangá  
por objetos de quincalla;

pero.... ¡vamos! que se me arde  
toda mi sangre africana,  
al mirar á este mandinga,  
dispuesto para campaña.  
¡Ah mandinga! Negro bueno,  
taja la cabeza, taja.

MATILDE. — Es preciso que yo sepa  
si es que Don Álvaro se halla  
por amistad ó por deudo  
unido á Ricardo. ¡Es rara  
coincidencia! Sandoval  
como Ricardo se llama.  
Su figura y su carácter  
á Ricardo me retratan.  
¿Será el mismo?... Fantasía  
¿á dónde, loca, me arrastras?

DOMINGO. — ¡Ah mandinga! Estira el arco  
y mata á ese perro, mata.

MATILDE. — El negrito! Y cómo al ver (*Acercándose*).  
sus iguales se entusiasma!  
Domingo.

DOMINGO. — Mande, señora.

MATILDE. — ¿Qué te parece esa estampa?

DOMINGO. — Niña Matilde, mi madre  
es de esta parte del África;  
hija del mayor cacique  
que en aquellas tribus manda:  
una especie de Princesa.....

MATILDE. — ¿Cómo vino á ser esclava?

DOMINGO. — Un hermano de mi abuelo,  
por yo no sé qué venganza,  
se la llevó con engaño  
á la factoría inmediata;  
vendiéndola á los negreros  
por dos cuchillos y un hacha.

MATILDE. — ¿Y tu padre?

DOMINGO. — Un lucumí,  
un come-gente, un canalla.

MATILDE. — Tu señor, segun entiendo,  
no como esclavo te trata.

DOMINGO. — Eso sí. Tengo por amo  
al hombre mijó de España.  
¡Qué corazon! ¡qué talento!  
Hermoso en cuerpo y en alma.

- MATILDE. — ¿Tiene familia en América?  
 DOMINGO. — Ninguna.  
 MATILDE. — ¿Tiene en su patria  
 padres, hermanos, parientes?  
 DOMINGO. — Si los tiene es cosa estraña;  
 porque ninguno lo ha visto  
 desde que vino de Plata.  
 MATILDE. — ¿Le sirves de mucho tiempo?  
 DOMINGO. — Me compró casi de guagua  
 en la quiebra de un lonjista  
 en la que salí á subasta.  
 MATILDE. — Y mejoraste de suerte  
 sin duda.  
 DOMINGO. — Mucho, á Dios gracias.  
 El otro era un catalan  
 que por quitame esas pajas  
 á San Benito en presona  
 un boca-abajo le daba.  
 MATILDE. — Dime ¿y tú no le has oido  
 en alguna circunstancia  
 nombrar....?  
 DOMINGO. — ¿A quien?  
 MATILDE. — ¿A Ricardo  
 Sandoval....?  
 DOMINGO. — Yo! Ni palabra.

ESCENA 2.<sup>a</sup>

*Dichos y el marqués.*

- MARQUÉS. — Lindamente me aburría  
 la funcion ¡Cosa mas mala!  
 Un sermon interminable.  
 MATILDE. — ¿Cuál fué?  
 MARQUÉS. — ¡Pieza mas cansada!...  
 A propósito, negrito.  
 DOMINGO. — Mande, señor.  
 MARQUÉS. — Vé y encarga  
 al camarero Bernardo  
 que lleve luz á mi sala  
 de tresillo, y que disponga  
 mesas, platillos, barajas.  
 DOMINGO. — Al instante. (*Váse.*)

- MARQUÉS. — (*Sentándose.*) Este animal  
se toma aquí unas confianzas,  
y entra y sale, y se presenta  
como una criatura humana.  
Se conoce que su dueño  
no le dá buena enseñanza,  
*et quod natura non præstat*  
no se aprende en Salamanca.
- MATILDE. — Y dime, hermano ¿quedó (*Tomando asiento*)  
la comedia terminada?
- MARQUÉS. — Antes de que concluyera  
alcé el campo y dije «á casa;»  
porque del humor que estoy  
con una maldita carta  
el aire vital me asfixia  
y la humanidad me carga.
- MATILDE. — Yá sé. Cayó el ministerio.
- MARQUÉS. — Pero no se há roto nada.
- MATILDE. — Y diz que el marqués, mi primo  
politico, es quien trabaja  
en formar combinaciones.....
- MARQUÉS. — ¡A su edad! Saldrán bizarras.  
Más le valiera ocuparse  
en disponer bien el alma,  
prófugo del cementerio,  
que la bóveda reclama.
- MATILDE. — Estás nervioso, irascible... !  
¡Pobre hermano! ¿Qué te pasa?
- MARQUÉS. — Muger, quisiera ser *médium*;  
de esos que evocan fantasmas.
- MATILDE. — ¿Y á qué fin?
- MARQUÉS. — Para evocar  
á nuestro abuelo D. Árias.
- MATILDE. — ¿Con qué objeto?
- MARQUÉS. — Conocerlo,  
y darle de bofetadas.
- MATILDE. — ¿Estás loco?
- MARQUÉS. — Me ha jugado  
una partida serrana.
- MATILDE. — ¡Nuestro abuelo, el gentil-hombre!
- MARQUÉS. — El mismo que viste y cálza.
- MATILDE. — ¡Pobre señor! ¡Con aquella  
peluca tan empolvada,  
y aquel gesto de vinagre,

y aquella enorme corbata!...  
¿Quién dijera que difunto  
hiciese mal?

MARQUÉS.— Pués no es chanza.  
Pero á bien que su retrato  
de mi enojo no se escapa;  
y lo quemaré en efigie.

MATILDE.—Marqués, para broma basta.  
Al padre de nuestro padre  
de ese modo no se ultraja.

MARQUÉS.—Tú no conoces la historia,  
ni de mi furor la cáusa.  
Matilde, yo soy la victima  
de una tragedia ignorada,  
y sufro las consecuencias  
de ciertos duos de D. Árias.

MATILDE.—Cálmate, hermano, y refiéreme  
el suceso que te exalta.

MARQUÉS.—Sabes que pensé en cruzarme  
de Alcántara ó Calatrava,  
y al que nos cuida el archivo  
dí encargo de que buscara  
las partidas y otras pruebas  
que estas órdenes reclaman.

MATILDE.—Don Juan, nuestro bisabuelo,  
fué comendador de Alcántara.

MARQUÉS.—Pués el hijo yá verás  
cómo ilustró su prosapia.

(*Saca una carta.*)

Atiende (*lee*). "Nos encontramos

"en el abuelo una marra.

"Casó con Calixta, expósita

"de la cuna de Granada,

"y así nos priva de prueba

"materna por esta rama."

MATILDE.—¡Cómo há de ser! No es precisa  
cruz verde, ni colorada,  
para ser buen caballero,  
útil á Dios y á la pátria.

MARQUÉS.—(*Levantándose.*) Y bien mirado es injusto,  
es un absurdo, una infamia,  
que así frustre los conatos  
de toda una estirpe clara  
de un D. Árias, ó un D. Júdas

la grosera extravagancia.

MATILDE. — Pero suprime invectivas;  
no sea que por obra y gracia  
del demonio se penetre  
que abates lo que no alcanzas,  
diciendo — «*no están maduras*»  
como la zorra en la fábula.

MARQUÉS. — Cuando en el reló del tiempo (*Con énfasis.*)  
la manecilla señala  
el instante decisivo  
que á cosa ó persona amaga  
solo el que labró el reló  
suspende la cuerda y pára.

MATILDE. — ¿De modo que de las órdenes  
militares se adelantan  
el *dies iræ* y el *dies ille*?

MARQUÉS. — Sí, Matilde: el siglo marcha,  
arrastaando en su corriente  
una porcion de antigüallas.  
Pronto no habrá consecuencias  
cuando las premisas no haya.  
Las pruebas no se comprenden  
donde los hechos no pasan.

MATILDE. — Tienes razon.

MARQUÉS. — Yá no existen  
los Alcaldes de la Santa  
hermandad; de estado noble;  
los veinticuatro; las blancas  
de carne; los señoríos,  
y mil y mil zarandajas  
que rellenan espedientes  
sin átomo de sustancia,  
y al paso que se camina  
no vuelve lo que se cambia.

MATILDE. — ¡Qué lástima de discurso  
perdido para la cámara!

MARQUÉS. — (*Mirando el reló.*)  
Diez y media. A pedir voy  
mi vaso de naranjada.  
Hasta luego. (*váse.*)

MATILDE. — A Dios, hermano.  
Dios te dé lo que te falta.

ESCENA 3.<sup>a</sup>

*Matilde y Don Álvaro.*

- MATILDE. — La altanera condicion  
de sus ascendientes trae.  
La vanidad no decae  
en la estirpe Mondragon.  
Nos marcan los propios sellos:  
seguimos las mismas huellas:  
pacientes víctimas ellas,  
y altivos déspotas ellos.  
De sus miras arbitrarias  
nos conducen á merced,  
y su ejemplo... yá vé usted  
el percance de Don Árias.  
¡Ay de nosotras, si un tilde  
mereciera sus reproches!....  
Don Álvaro.....
- D. ÁLVARO.-- Buenas noches.  
¡Cómo tan sola, Matilde!
- MATILDE. — Hace yá tres dias ó cuatro  
que mal de salud estoy,  
y me hallo tan fatal hoy  
que rehusé asistir al teatro.
- D. ÁLVARO-- Esa nueva me entristece.
- MATILDE. — Gracias por el interés!
- D. ÁLVARO.-- Tan ingénuo y veraz és  
que ni las gracias merece.
- MATILDE. — Conmigo siempre galante,  
me hace, á fuer de bien nacida,  
demostrarme agradecida  
á un obsequio tan constante.
- D. ÁLVARO.-- Recibo en ello merced,  
y por dichoso me cuento.
- MATILDE. — Pero... tome usted asiento.
- D. ÁLVARO.-- Con el permiso de usted. (*Se sienta.*)
- MATILDE. — Es la franqueza mi norte,  
y su fuero hé de invocar.  
¿Regresa usted á ultramar?
- D. ÁLVARO.-- Me fijo en la villa y córte.  
En América ninguna  
conexion dejé al venir,

y allá no se puede ya ir  
ni para buscar fortuna.  
De la opulencia reniego  
si se obtiene á condicion  
de los álias de paton,  
de gachupin y gallego.

MATILDE. — Lucha aquella sociedad  
con espantosa anarquía.

D. ÁLVARO. -- Allí es una befa impia  
el nombre de libertad.  
Rudas, civiles contiendas,  
nutren rapaces partidas,  
verdugos para las vidas,  
el honor y las haciendas.  
Yo, testigo imparcial, hablo  
de triste esperiencia en pós:  
es una tierra que Dios  
en feudo concede al diablo;  
y al ver en cuadro tan feo  
lo que libertad se nombra  
vuelvo á vivir á la sombra  
del despotismo europeo.

MATILDE. — ¿No conserva usted parientes  
en España?

D. ÁLVARO. -- Sí; lejanos.  
Dos buenos tios, muy ancianos,  
en Toledo residentes.

MATILDE. — ¡De Toledo y Sandoval!

D. ÁLVARO. -- ¿Qué le escita la memoria?

MATILDE. — El recuerdo de una historia: (*Con melancolia.*)  
recuerdo sentimental.

Ilusion de ser feliz,  
cual humo desvanecida.  
El tiempo cerró la herida,  
y aun duele la cicatriz.

D. ÁLVARO. -- ¿Y el que obtuvo esa ternura  
guardó su recuerdo leal?

MATILDE. — Era un hombre excepcional,  
Don Álvaro. Estoy segura.

D. ÁLVARO. -- ¿Y qué puede detenerlo  
si él es libre y libre usted....?  
¿Vive?... ¿Murió?

MATILDE. — No lo sé;  
y me importa no saberlo.

Si existe, y pura la llama  
 en su corazon conserva,  
 premio escaso le reserva  
 la viuda de Leguizama.

Si yá es polvo y podredumbre,  
 y mora en la eternidad,  
 vale más que esa verdad  
 la confusa incertidumbre.

Perdon, si tristes enojos  
 le causo, amigo, con esto,  
 y cuando los manifesto  
 arrasa el llanto mis ojos.

Una expansion es precisa  
 á esos dolores del alma,  
 que encubre ficticia calma,  
 que disfraza la sonrisa.

D. ÁLVARO.--(*Levantándose.*) Violentar la inclinacion  
 que á dos séres predispone  
 es un crimen... ¡Dios perdone  
 al marqués de Mondragon!

MATILDE. — Más diga usted sin retardo:  
 lo ruego con prez humilde,  
 ¿cómo sabe usted...?

D. ÁLVARO.-- Matilde,  
 era mi hermano Ricardo.  
 Yo reconozco y admiro  
 á la mûger que eligió,  
 y á quien su fé conservó  
 hasta el último suspiro.

MATILDE. — ¡Basta, basta! (*Cubriéndose el rostro.*)

D. ÁLVARO.-- Duelo tanto  
 la fosa en altar convierte;  
 que es envidiable la muerte  
 cuando merece ese llanto.

#### ESCENA 4.<sup>a</sup>

*Dichos y Domingo por el foro.*

DOMINGO. — ¡Ah mí amo!

D. ÁLVARO.-- (*Ap.*) Majadero!

DOMINGO. — Me manda el señor marqués;  
 porque dice que le diga  
 que vaya á unirse con él.

D. ÁLVARO.--¿Para jugar al tresillo?

DOMINGO.—Por eso debe de ser.

D. ÁLVARO--Pués dile que me dispense;  
porque tengo un dolor cruel  
de cabeza.

DOMINGO. — ¡Ay amo mio! (*Acercándose inquieto.*)

D. ÁLVARO--Anda.

DOMINGO. — ¡Enfermo su mersé! (*Mirándole.*)

Chirigota!—Yo en la cara  
se lo habia de conocer.

El esclavo es como el perro:  
calla y sufre; pero vé.

Bueno. Le digo que no,  
y es mas breve... ¡Vaya bien!  
(*Váse.*)

ESCENA 5.<sup>a</sup>

—  
*Matilde y D. Alvaro.*

MATILDE. — Hay un encanto fatal  
para el alma en conocer  
hasta donde nuestro sér  
puede resistir el mal.  
Álvaro, mi aciaga suerte  
hízome al dolor sufrida.  
Hábleme usted de su vida.  
Hábleme usted de su muerte.

D. ÁLVARO--Yo me reprendo, señora,  
una grave indiscrecion,  
y pronto, en otra ocasion....

MATILDE. --Hable usted.

D. ÁLVARO-- Matilde....

MATILDE. — Y ahora.

D. ÁLVARO--(*Sentándose.*) Ricardo, en su honor herido,  
por el marqués insultado,  
y en su carta apostrofado  
de oscuro y desconocido,  
su escaso haber malbarata;  
á nadie su plan revela,  
y en Cádiz se hace á la vela  
para el rio de la Plata.  
Le brindan colocacion

en casa de un negociante,  
y activo y perseverante  
se capta su estimacion.

Por su carácter me esplico  
sus laboriosos amaños.  
Al término de diez años  
era independiente y rico;  
pero con esa riqueza  
que al hombre de bien ufana;  
sin gotas de sangre humana;  
sin infamia y sin bajeza.

Fruto de honradas labores,  
premio de noble interés  
que colocar á los piés  
del ángel de sus amores.

Y ser rico era bastante;  
que la nobleza de cuna  
se postra de la fortuna  
al resplandor....

MATILDE. — Adelante.

D. ÁLVARO--Del vivo afan que le inflama  
galardon esperar osa  
cuando yá usted era esposa  
del general Leguizama;  
y al adquirir la certeza  
del infausto casamiento  
cierto sombrío desaliento  
minó su naturaleza.

MATILDE. —¿Y nadie le declaró  
que mandato riguroso  
me dió señor, y no esposo?

D. ÁLVARO--Ricardo lo sospechó.  
Con fondos que remitia  
mi hermano con mano franca  
cursaba yo en Salamanca  
medicina y cirujía;  
y el ánimo de fé lleno,  
sumergia mi inteligencia  
en las sírtes de la ciencia  
de Hipócrates y Galeno.

Recibido y doctorado,  
y mi diploma corriente,  
me escribe Ricardo: "vente,  
"y establécete á mi lado.

"Entre la médica tropa  
 "lo moderno lugar se hace,  
 "y lo extraño es lo que place,  
 "lo mismo aquí que en Europa."

MATILDE. — ¿Y Ricardo?

D. ALVARO-- Pena fuerte,  
 al abrazarlo sentí;  
 que en su rostro conocí  
 que estaba berido de muerte.

MATILDE. — ¿Y usted no aspiró á la palma  
 su existencia de salvar?

D. ALVARO--Solo Dios sabe curar  
 ulceraciones del alma.  
 Él trabajaba á destajo,  
 con verdadero furor;  
 que de la hiel del dolor  
 es una esponja el trabajo;  
 y yo imité su vehemencia,  
 trocando con loco anhelo  
 mi profesion en un duelo  
 entre la muerte y la ciencia.

MATILDE. — ¿Pero me acusaba ese hombre?....

D. ALVARO--Él sin quejarse moría, (*Levantándose.*)  
 y en seis años de agonía  
 no profirió vuestro nombre.

(*Páusa.*)

Era de otoño una tarde,  
 tibia, dulce, perfumada.  
 Del sol en nube rosada  
 el último fulgor arde.

Se escucha el canto bravío  
 del negro que dá de mano;  
 susurra el éuro liviano;  
 murmura en su curso el rio.

A la puerta del Palmar,  
 ingenio sin competencia,  
 del campo la grata esencia  
 salimos á respirar;

y silenciosos los dos,  
 fijos en el propio asiento,  
 alzamos el pensamiento  
 á la grandeza de Dios.

Yo estrechaba con ternura  
 la diestra á mi pobre hermano,

y abrasaba aquella mano  
una intensa calentura;  
y en mi mano, que estrechaba  
la suya amorosamente,  
cayó una lágrima, hirviente  
como una gota de lava.

Me acerco; quiere ocultar  
su triste emocion en vano;  
y esclama doliente:—"hermano,  
yo no la puedo olvidar."

MATILDE.—(*Levantándose.*) ¡Basta por Dios!

D. ÁLVARO.-- Esa historia  
á todos oculta siga,  
Matilde; pero nos liga  
una sagrada memoria.

Á Madrid parto mañana.  
¿vuestra amistad pido en vano?

MATILDE.—Yá me pertenezco, hermano.

(*Tendiéndole la mano que D. Alvaro estrecha.*)

D. ÁLVARO.--Que Dios te bendiga, hermana.

#### ESCENA 6.<sup>a</sup>

—  
*Dichos, Leonor y el Baron.*

LEONOR. —Matilde ¿se encuentra usted  
mejor?

MATILDE. — Gracias. Algun tanto.

BARON. —Há percibido su agente  
los diez mil pesos, Don Álvaro.

D. ÁLVARO.--Me lo anuncia este correo,  
y á Madrid mañana parto.

MATILDE. —¿Qué tal la funcion?

LEONOR. — Preciosa.

Los actores muy en cuadro.  
(*Sentándose junto á Matilde.*)

BARON. —Y á quien fia la direccion  
del periódico, comprado  
por usted, amigo mio?

D. ÁLVARO.--Su color y marcha cambio.  
Es el marqués-presidente  
hombre para mí simpático,  
y apoyaré su política,  
mientras fuere de mi agrado.

LEONOR. —¿Tiene usted fiebre?

MATILDE. — No tal.

LEONOR. —¡Le brillan los ojos tánto!

BARON. —Francamente. El director desde que supo el contrato no cesa de suplicarme que lo recomiende y....

D. ÁLVARO.— ¡Bravo!

Para ese mozo lo negro es lo mismo que lo blanco, y al gusto de quien le paga se torna ruso ó polaco.

BARON. —¿Y repara usted en eso?

Por Dios! No le hacía tan cándido.

D. ÁLVARO.--Si es candidez el decoro aun me queda ese resabio.

MATILDE.—Niña, tenga usted valor y espere.....

LEONOR. — Por Dios! Más bajo.

BARON. —En fin, si no puede ser de su parte le deshaucio; y quizás utilizarle pudiese entrar en mis cálculos. Verémos.

D. ÁLVARO.-- ¿Se lanza usted á la oposicion?

BARON. — Me lanzo.

D. ÁLVARO.--¿Es decir que el ministerio le borra de candidato en la consabida lista de su antecesor?

BARON. — Hay algo; pero no es esa la causa que á mi oposicion dá pábulo.

D. ÁLVARO.--La contrata de carbones sé que la desaprobaron.

BARON. —Ese carbon ha de dar mucho tufo.

D. ÁLVARO.-- Me hago cargo.

LEONOR. —Entre amar y obedecer conmigo misma batallo.

MATILDE. —¡Pobre Leonor! Esa historia está empapada en mi llanto.

D. ÁLVARO.--Baron, del vapor *Lanuxa*

salió efectivo el naufragio.

BARON. —Tiene desgracia esa línea:  
dos siniestros en un año.

D. ALVARO.--La nuestra, gracias á Dios,  
aun no ha sufrido fracaso.

BARON. —Fuera un negocio magnífico  
á estar en las propias manos ;  
pero dos, y en competencia,  
se producen mútuo daño.

Bien pudiera usted venderme  
sus acciones al contado,  
como otras veces le hé dicho.

A lo Príncipe las pago.

Un diez por ciento de prima.

¡Eh! ¡qué tal! ¿Se cierra el trato?

D. ALVARO.--Y vá de treinta, Baron.

BARON. —Bah! Tantas veces vá el cántaro.....

ESCENA 7ª.

*Dichos y Domingo.*

DOMINGO. —Señor, señor, yá ha venido....

D. ALVARO.--Está bien ¡calla!

DOMINGO — ¿Me aguardo?

D. ÁLVARO.--(*Al Baron.*) Con permiso. Voy á dar  
una razon al muchacho.

*(Habla aparte con el negro.)*

BARON. —(*Ap.*) Si logro unir ambas líneas

¡qué golpe tan soberano!

Diez por ciento, y un cincuenta

á mis consócios les cargo.

D. ÁLVARO.--¿Hás entendido?

DOMINGO. — Corriente. (*Váse.*)

D. ÁLVARO.--Baron, recuerdo un adagio.

Más vale llegar á tiempo....

BARON. —¡Ah! si: que rondar un año.

D. ÁLVARO.--Nos viene como de molde.

Hace un segundo tratábamos

de las líneas de vapores

que recorren el Atlántico,

y me negaba á venderle

la mitad del negociado.

BARON. —¿Y muda usted de dictámen?

D. ÁLVARO--Mi sócio, Mister Jhon Cláyton,  
enagena un centenar  
de acciones, y á precios altos,  
y no me gustan negocios  
en que manipulen vários.

BARON. —¿Y esa noticia?

D. ÁLVARO.-- Domingo  
la contestacion me trajo  
de la casa de Saavedra,  
donde mandé á preguntarlo.

BARON. —¿Usted me vende el total?

D. ALVARO.--Hombre, yo no digo tanto.  
¿Quiere usted que de esto hablemos  
tranquilamente en mi cuarto?

BARON. —Con mucho gusto. Leonor,  
¿tú pasarás aquí un rato?

LEONOR. —Si usted lo permite....

BARON. — Bien!

(Ofreciendo el brazo á D. Álvaro.)

Servo umilissimo.

D. ÁLVARO-- Vamos (*Salen por el foro.*)

### ESCENA 8.<sup>a</sup>

*Matilde, Leonor, poco después don Juan.*

MATILDE. —Yo no puedo aconsejar,  
Leonor, la desobediencia;  
ni me atrevo á declarar  
que debe usted renunciar  
á una feliz existencia.

LEONOR. —En este penoso afan  
su noble auxilio reclamo.

MATILDE. —Como prólogo del plan.  
¿Quiére usted mucho á D. Juan?

LEONOR. —¡No más reserva! Yo le amo.  
Dulce, amante, lisongero,  
mereció el amor primero  
que mi pecho hizo latir;  
y este amor será el postrero  
que pueda el alma sentir.

MATILDE. —Pués la situacion es grave.

LEONOR. —Yo procuro obedecer,  
y que este cariño acabe.

MATILDE. —¡Estéril lucha! No cabe  
ser una cosa y no ser.

LEONOR. —Se estrella así mi albedrío  
contra vallas opresoras,  
y en su proteccion confío  
para conjurar.... ¡Dios mio!

D. JUAN. —Estoy á sus piés, señoras.

MATILDE. —Bien venido, caballero,  
quien tan pronto ha regresado.

D. JUAN. —No corre el tiempo ligero  
para el amor verdadero  
de su objeto separado.  
Una semana en Lebrija  
pasé: siglo y no semana.

MATILDE. —¿Su vecindad allí fija?

D. JUAN. —Hay deber que me lo exija,  
y vuelvo á Madrid mañana.

MATILDE. —¿Un deber de corazon?

D. JUAN. —Ese verá satisfecho  
lográndose mi ambicion.  
Han sacado á oposicion  
mi cátedra de derecho.  
Há dos años la disfruto,  
y haciendo méritos vengo  
de profesor sustituto,  
y por feliz me reputo  
si en noble liza la obtengo;  
que si prez y galardón  
en esta lucha no acópio  
es grande satisfaccion  
llegar á la posicion  
que el hombre debe á sí propio.

MATILDE. —Dios camino franco le abra,  
y de su gracia el tesoro.

D. JUAN. —Mi suerte en vano se labra  
si no obtengo una palabra  
del ángel á quien adoro.

LEONOR. —Temo de un padre el despecho  
si aquí fuera sorprendida.

D. JUAN. —Rara ocasion aprovecho.  
Está Domingo en acecho  
y avisará su venida.

- MATILDE.—Allí me voy á instalar. (*Señalando á la mesa.*)  
Prudencia, niños. (*Se pone à leer.*)
- D. JUAN. — Leonor,  
no me puede usted negar  
el derecho de esperar  
en la dicha de su amor.
- LEONOR. —Mi padre, Juan, me ha prohibido  
de este afecto la ventura. (*Levantándose.*)
- D. JUAN.—Yo le tengo merecido,  
y solo esperanzas pido  
en pago de mi ternura.  
Respetando como usted  
la paterna autoridad  
nunca audaz la afrontaré;  
però nuestra amante fé  
no agote la adversidad.  
De ese corazon seguro,  
lucharé con noble ardor  
contra el escollo mas duro;  
que amor tan grande y tan puro  
vence imposibles, Leonor.
- LEONOR. —Es forzoso decidir,  
y que esta escena concluya.
- D. JUAN.—Quiero mi sentencia oír.
- LEONOR. —Pues bien: yo sabré morir;  
mas nó dejar de ser tuya.
- D. JUAN.—Yá al porvenir desafio  
con tu promesa, bien mio.
- LEONOR. —El cielo ampare á los dos.
- DOMINGO.—(*Apareciendo por el foro.*)  
"Chinita, yo traigo frio."
- D. JUAN.—La señal. Adios.
- LEONOR. — Adios.  
(*Don Juan se retira por la derecha.*)  
Matilde, mi padre viene,  
y retirarnos conviene.
- MATILDE. ---Á mi cuarto vamos ahora;  
y así del Baron previene  
la mirada escrutadora.  
(*Salen por la izquierda.*)

ESCENA 9.<sup>a</sup>

—

*D. Álvaro y el Baron.*

D. ÁLVARO--No se hable mas del asunto.

BARON. —Eso, amigo, es no querer colocarse en la razon.

D. ÁLVARO--Segun como usted la vé.  
El negocio no conviene:  
requiescat in pace. Amen.

## ESCENA 10.

—

*Dichos y el marqués.*MARQUÉS.—Están ustedes aquí  
del *far niente* en la indolencia  
mientras abajo hay un duelo  
que cien personas contemplan.

D. ÁLVARO--Un duelo!

BARON. — Expliquese usted.

MARQUÉS.—Cuestion delicada y séria  
entre un baron aleman  
y un lord inglés.

BARON. — ¿Una apuesta?

MARQUÉS.—Se trata de una fortuna  
que en el juego se atraviesa,  
y que expone á un jaque-mate  
del ajedrez la pareja.  
Parece que son dos tercios  
de los de primera fuerza.

BARON. —¿Sus nombres...?

MARQUÉS.-- Se me resisten  
á la memoria y la lengua.  
Desde la oracion están  
instalados en la mesa.*(Mira el reló.)*Son las once y treinta y cinco,  
y han movido yá tres piezas.  
Bajen ustedes á ver  
la solucion del problema.

D. ÁLVARO--Soy con ustedes al punto.

BARON. —¿Cuánto dinero se juega?  
(*El marqués y el baron salen por el foro.*)

ESCENA 11

*D. Álvaro, D. Juan, luego Matilde y Leonor.*

D. ÁLVARO.--De mi buena estrella fio  
el triunfo de mi esperanza;  
y si mi desvelo alcanza.....

D. JUAN. —Don Alvaro.

D. ÁLVARO.-- Amigo mio.

D. JUAN. —Mi querido protector,  
llevé á término la empresa,  
y grata, formal promesa  
hé obtenido de Leonor.

D. ÁLVARO.--Se lograrán nuestros planes,  
y sin andar por las ramas.  
Ahí se acercan nuestras damas.

MATILDE. —Aquí están nuestros galanes.

D. JUAN. —(*A Leonor*) Un momento por favor.

LEONOR. —Me devora la inquietud.  
(*Hablan junto á la puerta derecha.*)

MATILDE. —Disfrute la juventud  
las primicias del amor,  
y un afecto fraternal  
nos úna de aquí adelante.

D. ÁLVARO.--A mi ambicion no es bastante,  
señora, cariño tal.

MATILDE. —Me sorprende su franqueza.

D. ÁLVARO.--Amo á usted con la pasion  
que produce el corazon  
de acuerdo con la cabeza.

MATILDE. —¿Con mis memorias en lid  
su extraño amor osa entrar?

D. ÁLVARO.--Permitame usted callar,  
y merecer en Madrid.

D. JUAN. —Adios, y dáme esa mano  
que por tu promesa es mía.

D. ÁLVARO.--Adios pués, y luzca un dia  
en que reemplace á mi hermano.

ESCENA 12.<sup>a</sup>

*Dichos y el Baron que sorprende á su hija y á D. Juan, interponiéndose indignado.*

LEONOR. — Cielos!

BARON. — Retírese usté;  
que ya ajustaremos cuentas.  
*(Leonor obedece.)*

*(Ap.)* Yo las medidas violentas  
en juego desde hoy pondré.

MATILDE. — Álvaro, adios.

D. ÁLVARO-- Hasta pronto.  
*(Matilde se retira por la izquierda.)*

BARON. — ¿Fué su partida un ardid?

D. JUAN. — No tal, y vuelvo á Madrid.

BARON. — En balde.

D. ÁLVARO - *(Ap.)* El baron es tonto.

BARON. — Mal sus designios formula  
si me pretende cansar,  
ó artificioso burlar  
mi vigilancia calcula.  
Y tenga usted entendido  
que muerta la quiero ver  
primero que conceder  
su mano á un desconocido.  
*(Sale iracundo por la derecha.)*

D. JUAN. — ¡Yo insultado de ese modo!

D. ÁLVARO-- Nada su fúria te importe.  
Buen ánimo y á la córte.  
Constancia, y Dios sobre todo.

D. JUAN. — ¡Y yo hé callado ante ese hombre!

D. ÁLVARO-- ¿Adonde vas, aturdido? *(Deteniéndole.)*  
Te llama desconocido,  
y es muy lógico este nombre.  
Personas de tu valer  
no entran del vulgo en el roce,  
y el Baron no te conoce,  
ni te puede conocer.  
Para gentes de su estofa  
no hay moral apreciacion,  
y su calificacion  
te ensalza, no te apostrofa.

Desconocido, mancebo,  
 era el genovés piloto  
 que buscando el mundo ignoto  
 dió á Castilla el mundo nuevo.  
 Desconocidos los tres,  
 con gigantescas hazañas  
 ilustraron sus campañas  
 Pizarro, Almagro y Cortés.  
 Oscuros, y en gloria hermanos,  
 ocuparon alta silla  
 Zenon de Somodevilla,  
 Gaspar Melchor Jovellanos.  
 Oscuros, gloria temprana  
 obtuvieron con fé briosa  
 un Martinez de la Rosa,  
 un Argüelles y un Quintana.  
 Desconocido, camina  
 sin tregua á la noble altura,  
 buscando la lumbre pura  
 del sol que jamás declina.

D. JUAN. — ¡Incomparable Mentor!  
 ¡Cuánto me inspira tu acento!

D. ÁLVARO. -- Y al tocar el alto asiento  
 del legítimo valor  
 á cuantos los tímbrs de otros  
 sin mérito ostentan, di:  
 — «mi blason empieza en mí,  
 y el vuestro acaba en vosotros.»

---

ACTO TERCERO.

---

El teatro representa antesala elegante en casa de Matilde, con puerta al foro y otra á la derecha que dá entrada al salon de recibimiento: muebles de gusto sencillo y delicado. Aparece Domingo meciéndose en una butaca con impaciencia.

ESCENA 1.<sup>a</sup>

---

*Domingo, poco después un criado.*

DOMINGO. — Quien espera desespera.  
 ¡Vaya bien con las visitas!  
 Todo Madrid ha venido  
 para celebrar sus días,  
 y llevo aquí de planton  
 media hora muy cumplida.  
*(Sale un criado.)*  
 Oye tú, compadre branco,  
 advierte, hermano, á la niña  
 que aquí la aguarda el moreno  
 que yá tiene el alma frita.  
*(El criado entra en el salon.)*  
 Y luego dice mi amo:  
 «¿Dónde estará ese mandinga?  
 «¡Quiera Dios que no lo cojan  
 «para venderlo por tinta!”  
 ¡Y con qué songa me dice  
 el picaro del fondista:  
 «Negrito, parece que hay  
 «en Madrid várias negritas.  
 «No faltan, respondo yo,  
 «le doy al betun salida...”  
 ¡Jé, jé!.... Vamos: me parece  
 que la sala queda limpia,  
 y volverá la señora  
 en cuanto que los despida.  
 Ella pronto será mi ama;  
 y me alegro; que es muy linda.  
 Cruge la seda de un traje.  
 Aquí está. Dios la bendiga!

*Matilde y Domingo.*

- MATILDE. — ¡Pobre Domingo! Creí  
que yá poco tardaría  
en retirarse el pesado  
Baron de Santamarina.  
Mucho hubiste de esperar.
- DOMINGO. — Algo; y que estaba de prisa,  
porque no sabe mi amo  
donde estoy, amita mia.
- MATILDE. — (*Sentándose.*) ¡Cómo así!
- DOMINGO. — Ni se lo cuente  
nunca jamás, por su vida:  
que aunque no maneje el chucho,  
ni me ofenda, ni me riña,  
con no hablarme algunas veces  
con mas rigor me castiga.
- MATILDE. — ¿Y qué falta has cometido?
- DOMINGO. — ¡Yo! Ninguna todavia;  
pero pienso cometerla  
si sumercé no se irrita.
- MATILDE. — Esplicate.
- DOMINGO. — Yo bien sé  
que es preciso que quien sirva  
no se tome confianza  
con la gente... de otra linia...
- MATILDE. — Adelante.
- DOMINGO. — Y que se guarde  
de una sinvregüenceria,  
y que pego y quita-motas  
con justa razon le digan.
- MATILDE. — Pero en fin....
- DOMINGO. — Y si D. Alvaro  
se entera... ¡María Santisima!  
Como no le guste... Entonces  
me cayó la loteria.
- MATILDE. — ¡Vaya! Cuéntame, Domingo,  
tus recelos y tus cuitas.  
Bien sabes que yo te quiero,  
y te doy pruebas de estima.
- DOMINGO. — El que bien quiere á Beltran

quiere á su can. No se ría.  
 Pués señó. Hay en la calle  
 de la Montera una lista  
 de presonas, en un cuadro  
 que ocupa toda la esquina,  
 y que al daguerreotestripo  
 ha sacado un retratista.

MATILDE. — ¿Y tú tambien...?

DOMINGO. — Yo tambien  
 quise ver cómo salía.  
 Y me ha costado tres pesos;  
 porque es de pintura fina.

MATILDE. — ¿Lo remites á tu madre?

DOMINGO. — Yo no sé si es muerta ó viva.  
 El catalan la vendió  
 á un caballero de Lima.

MATILDE. — ¿Lo mandas como recuerdo  
 de amor?

DOMINGO. — ¡Buena bobería!  
 La firmeza en el querer  
 no es virtud en las Antillas.

MATILDE. — Pués ¿para quién te retratas?

DOMINGO. — ¿Su mercé no lo adivina?  
 (*Con timidez.*) Como se llama Matilde,  
 y sus amigos y amigas  
 la visitan y la obsequian....

MATILDE. — (*Levantándose.*) Venga la fotografia.

DOMINGO. — Más... ¿se enfada?...

MATILDE. — Te agradezco  
 memoria tan expresiva.

DOMINGO. — (*Dándole un retrato en targeta.*)  
 Pués ahí tiene su mercé  
 á su esclavo en cartulina.

MATILDE. — ¡Ay Domingo!... Estás hablando.

DOMINGO. — Pués yo no hablaba ni chispa;  
 y me mandó no moverme  
 el que la máquina arrima.

MATILDE. — Te prometo conservar  
 tu imágen como reliquia;  
 porque es noble testimonio  
 de una tierna simpatía.

DOMINGO. — Si me ocurre una desgracia,  
 ó que me devore el clima,  
 ó que me muera yo mimo,

porque eso es cosa precisa,  
dura el papel, y en la estampa  
cuando quiere usted me mira.

MATILDE.—El cielo protegerá  
tu existencia.

DOMINGO.— Y si me quita  
de este mundo usted me enseña,  
y le dice á su familia:  
"este negro era mi esclavo;  
"el que tanto me queria."

(*Matilde alarga su mano al negro que la besa con extraordinario regocijo.*)

MATILDE.—¡Mi buen Domingo!

DOMINGO.— ¡Ah mi ama!  
¡Que Dios la colme de dicha!  
(*Sale por el fondo.*)

MATILDE.—Un entrañable cariño  
ese muchacho me inspira.  
Sus sentimientos me prendan,  
y su espresion me cautiva.

DOMINGO.—¡Ay de mí! Que viene el amo,  
y está ya en la galeria....  
Y si me encuentra, y pregunta,  
yo no le digo mentira....  
Y si la verdad le cuento,  
y no le gusta....

MATILDE.— Salida  
tienes por este salon.

DOMINGO.—Que Dios se lo pague, amita!  
(*Váse por la derecha.*)

### ESCENA 3.<sup>a</sup>

*Matilde y D. Álvaro.*

MATILDE.—Dirigirte debería  
amante reconvencion.

D. ÁLVARO--Perdona mi detencion  
en saludarte este dia.  
Mil enfadosas cuestiones  
turban del pecho la calma,  
y aquí necesita el alma  
llegar libre de impresiones.

Aquí cuanto es necesario  
á la dicha se concentra,  
y entro aquí como quien entra  
de su culto en el santuario.

MATILDE.—¡Oh! Si te dejan hablar  
te han de absolver de la culpa.  
Yá sospeché la disculpa  
que al pecado habías de dar.

D. ÁLVARO--Si es un tormento la ausencia  
para el amor acendrado  
comprende que en mi pecado  
se incluye su penitencia.

MATILDE.—Benigna perdonaré,  
devolviendo bien por mal.

D. ÁLVARO--Realizas el tipo ideal  
que en mis sueños vislumbré.  
Y encuentro tan hiperbólica  
esta idea de tu favor,  
que comunica á mi amor  
vaga tinta melancólica:  
un carácter indeciso  
entre goce y sentimiento....

MATILDE.—Pero tome usted asiento.

D. ÁLVARO--Señora, con su permiso.  
*(Se sientan).*

MATILDE.—Álvaro, preciso es,  
por más que se juzgue en vano,  
que sepa todo mi hermano.

D. ÁLVARO--Yo me encargo del marqués.  
De mis planes en ayuda  
mis influjos aprovecho,  
aunque libre te hayan hecho  
las franquicias de la viuda.

MATILDE.—No quiero la tradicion  
de mi familia romper.

D. ÁLVARO--Ni yo<sup>o</sup> aspiro á promover  
semejante rebelion.

MATILDE.—Si su negativa expresa  
yo mi intento hé de seguir.

D. ÁLVARO--Ella no me puede abrir  
como á Ricardo la huesa.

MATILDE.—¿Nunca cesará en tu boca  
el recuerdo de ese hombre?

D. ÁLVARO--Es que mi amor este nombre

con hidalgo fin invoca  
 Es que tiemblo de pensar,  
 Matilde, en que hayas creído  
 que de un corazón herido  
 puedo el lamento extrañar.  
 Es que mi yerro deploro  
 si en mis actos no se entiende  
 que no me daña ni ofende  
 su memoria ni tu lloro.  
 Es que unirme puedo ufano  
 á tu recuerdo incesante;  
 que si es tributo á un amante,  
 ese amante era mi hermano.  
 Por eso quiero que vibre  
 ese nombre sin recelos;  
 porque sin causarme celos  
 te dejo su culto libre.  
 Que toda exigencia egoísta  
 al noble indigna parece:  
 el aprecio se merece,  
 y el cariño se conquista.

**MATILDE.**—Es tu plan tan efectivo,  
 y ese principio tan cierto,  
 que el cenotafio de un muerto  
 truecas en altar de un vivo:  
 y en mi ejemplo patentizas  
 de tu sistema en loor  
 que como el fénix, amor  
 renace de sus cenizas.

**D. ÁLVARO.**—Matilde, la adversidad  
 me rindió con tal esceso,  
 que hoy me abruma con su peso  
 tamaña felicidad.

ESCENA 4.<sup>a</sup>

*Dichos y D. Juan.*

**MATILDE.**—Bien llegado, caballero.

**D. ÁLVARO.**—Adelante, amigo mio.

**D. JUAN.**—(*Dando la mano á Matilde.*)

Matilde, con fé sincera  
 en sus dias la felicito,

y por su amable convite.  
debidas gracias le rindo

MATILDE. — Sentaremos á usted junto  
á el blanco de sus suspiros.

(D. Juan toma asiento.)

D. JUAN. — En obedecer sus órdenes  
mi gusto, señora, cifro;  
pero al honrarme en su mesa  
me impone dos sacrificios.

D. ÁLVARO--¿Cuáles?

D. JUAN. — Primero: estudiar  
las huellas de ese martirio  
que destruye lentamente  
de mi Leonor los hechizos.

MATILDE. — Es implacable el baron.

D. ÁLVARO--Y bien ¿el otro motivo...?

D. JUAN. — Tolerar las hosquedades  
que muéstrame de continuo  
un hombre á quien yo soporto,  
porque es el padre de mi ídolo.

MATILDE. — Mi casa es campo neutral.

D. ÁLVARO--Para un hombre de principios;  
pero el baron.... Ya veremos  
si á la fiera domestico.

D. JUAN. — No le bastan la renuncia  
que en mi proceder ha visto;  
ni mi prudente actitud;  
ni del respeto los signos.  
Donde quiera que me encuentre  
me dá de su encono indicios,  
y tales que yo no sé  
cómo sufrir hé podido.

MATILDE. — Al fin se canta la gloria.  
Persevere usted, amigo.

D. JUAN. — Yá ni conservo esperanzas.

D. ALVARO--Hombre desagradecido,  
¿no sabe usted que yo velo  
en favor de ese cariño?

D. JUAN. — La buena intencion no basta.

D. ALVARO--Ella suele hacer prodigios.  
Usted es un rudo atleta  
en el estadio científico,  
y en él con aplauso unánime  
su cátedra ha conseguido;

pero en táctica social,  
y en dirigir lances críticos,  
si Orestes no tiene á Pilades  
vá derecho al precipicio.

D. JUAN. —Lo confieso y reconozco.

D. ÁLVARO--Yá veremos si yo sirvo....  
¿Habló usted al Presidente  
del Consejo de ministros?

D. JUAN.—Y duró mas de dos horas  
la entrevista.

D. ÁLVARO-- Es un bendito.

D. JUAN. —Me procuró disuadir  
en términos bien esplicitos;  
pero le hablé con franqueza  
y conoce los motivos.

D. ÁLVARO--¿Y usted ha pensado bien  
al renunciar el partido?

D. JUAN.—La política infecunda  
aborrezco por instinto,  
y rechaza mi conciencia  
ese trillado camino  
que enaltece á las personas  
á nombre de los principios.

D. ÁLVARO--(Levantándose.) ¡Calle! Es verdad que me dijo  
que me aguardaba á las tres,  
y que en su coche vendríamos  
á visitar á Matilde,  
de quien es deudo político.

MATILDE.—Puéson las tres menos cuarto.

D. ÁLVARO--¡Vaya! Soy un aturdido.  
Si no me lo acuerda usted  
le doy un plante magnífico.

D. JUAN.—Tiene firmado el diploma. (Se levanta.)

D. ÁLVARO--Yo el regalo hé prevenido.  
Venga usted, y entre los dos  
haremos por decidirlo;  
porque á la candidatura  
del Baron se muestra esquivo.  
Matilde, adios.

MATILDE. — Hasta luego.

D. JUAN.—Vamos por el consabido.  
(Salen por el foro.)

ESCENA 5.<sup>a</sup>

*Matilde, poco después Leonor, el baron y el marqués.*

- MATILDE. — Me vá siendo insoportable  
la existencia de Madrid,  
y digo como D. Frutos:  
"la córte no es para mí."  
Amiga Leonor. Señores.
- LEONOR. — Matilde, sea usted feliz,  
y su próxima ventura  
disfrute por años mil.
- MATILDE. — Y en vida de usted.
- LEONOR. — No es vida  
este continuo sufrir.
- BARON. — Riñale usted sériamente.
- MATILDE. — ¿Por qué?
- BARON. — Por tema pueril  
desobedece el mandato  
del sábio doctor Aubry;  
resistiendo el ejercicio,  
y obstinada en no salir.
- MATILDE. — Niña, es forzoso vencer  
esa indolencia, ese esplin.
- LEONOR. — La vida exterior me abruma:  
no la puedo resistir.
- MATILDE. — Es una pasion del ánimo.  
Yo tambien estuve así.
- BARON. — Es lo cierto que hé querido  
llevarla á ver á París,  
y á la Suiza, y á la Italia,  
á que se distraiga en fin.
- MATILDE. — Fuera mejor aguardar  
la crisis que há de venir.
- BARON. — Me está haciendo desgraciado.
- MATILDE. — Baron.....
- BARON. — Desgraciado, sí;  
porque procede ese mal  
de casa de Mister Kean.
- LEONOR. — Señor.....
- BARON. — Y padre tirano  
me llama algun baladi;  
porque de un desconocido

quise el proyecto impedir.

MATILDE. — ¡Calma, Baron!

BARON. — ¡Ay Matilde!

Harto en silencio sufrí.

(*El marqués sentado en una butaca, lee atentamente un periódico.*)

MATILDE. — Hermano, guárdete Dios.

MARQUÉS. — Hermano, estoy en Pekin.

Encontré sobre la mesa  
esto..... «*El Eco del país.*»

Felices.

MATILDE. — Mientras ustedes  
charlan y fuman aquí  
voy á enseñar mi invernáculo  
á Leonor en el jardín.

BARON. — (*Ap. á Matilde.*) Procure usted distraérmela.

MATILDE. — (*Ap. al Baron.*) Eso aspiro á conseguir.

¿Vamos, querida? (*Salen por el foro.*)

BARON. — (*Ap.*) La mata  
el amor de Albarracín.

#### ESCENA 6.<sup>a</sup>

*El Marqués y el Baron.*

MARQUÉS. — (*Leyendo.*) «Por solución de una crisis  
«el ministerio nació  
«con hereditaria tisis.»  
¿Está usted nervioso?

BARON. — (*Paseando con inquietud.*) No.

MARQUÉS. — «Y fin próximo le espera;  
«pues no ha mostrado hasta aquí,  
«ni símbolo, ni bandera.»  
¿Está usted oyendo?

BARON. — (*Con distracción.*) Si.

MARQUÉS. — «Bajo tan pobres auspicios  
«juzgamos que no hay acierto  
«en convocar los comicios.»  
Es buen artículo.

BARON. — Cierto.

MARQUÉS. — ¿No opina usted que es un mal...?  
Hoy á usted algo le pasa.

BARON. — Tengo un humor infernal.

MARQUÉS. — ¿Há quebrado alguna casa?

Vaya! ¿Tiene usted interés  
en el naufragio de *Emilia*?

**BARON.** —No son negocios, marqués;  
sino asuntos de familia.

**MARQUÉS.**—Voy á la seccion local,  
campo de cosas amenas.

(*El Baron se apodera de otro periódico; yendo á sentarse há-  
cia la derecha.*)

**BARON.** —«*La Crónica Universal.*»

(*Ap.*) Olvidemos nuestras penas.

**MARQUÉS.**—«*Sepelio.... Precio del trigo....  
Robo.... Incendio... Oposicion....*»  
¡Ola! Asunto de un amigo  
tenemos aquí, Baron.

**BARON.** —De medio á medio le pilla  
este suelto.

**MARQUÉS.** — Que me place.

**BARON.** —Oiga usted la gacetilla.  
Lleva el epigrafe—«*Enlace.*»

(*Leyendo.*) «En velo sus tocas muda,  
«segun voz pública y fama,  
«la elegante y gentil viuda  
«del general Leguizama.  
«Obtiene tesoro tal,  
«y de él puede estar ufano,  
«el señor de Sandoval,  
«opulento americano.  
«De esta boda al interés  
«presta notable reflejo  
«ser el padrino el marqués  
«presidente del Consejo.»

**MARQUÉS.**—Es bien poco lisonjero  
que mi hermana dé su mano:  
lo cuente un gacetillero,  
y no lo sepa su hermano.

**BARON.** —Tal vez piense la señora  
en impetrar su sancion.

**MARQUÉS.**—Eso es. A última hora.  
Basta del punto, Baron.

**BARON.** —Pues bien, pasando á otro punto  
menos ingrato, le digo  
que me entere de ese asunto  
de interés para un amigo.

MARQUÉS.—Topé en la seccion local  
con la dichosa noticia.

BARON. —A ver.

MARQUÉS.—(*Registrando las gacetillas.*)  
*Fuego....” Temporal....”*

Esta—«Voto de justicia.”  
«Trás de aquel lucido exámen,  
«y aquel brillante discurso,  
«falló el último certámen  
«un escogido concurso,  
«y dió la cátedra en fin  
«el jurado con honor  
«á Don Juan de Albarracin,  
«jóven é ilustre doctor.

(*El Baron se levanta enfurecido..*)

—«El agrado general  
«esta eleccion asegura,  
«y....” ¿No escucha usted el final.

BARON. —Marqués, basta de lectura.

MARQUÉS.—Es que faltaba yá poco.

BARON. —Sobra para sacrificio.

MARQUÉS.—Pero ¿usted se há vuelto loco?

BARON. —Hay para perder el juicio.

MARQUÉS.—No concibo ese furor.

El jóven de quien se trata....

BARON. —Es el mismo que á Leonor  
con torpes hechizos mata;  
y le ha prestado su imán  
en pacto vil el demonio.

MARQUÉS.—De ese hechizo el talisman,  
amigo, es el matrimonio:  
y haciendo al novio marido

BARON. —Yo no puedo conceder  
su mano á un desconocido.

MARQUÉS.—Pues bien se dá á conocer,  
y su mérito le abona.

BARON. —Cuando mi Leonor se case  
lo hará con una persona  
correspondiente á su clase.

MARQUÉS.—¡Hombre!

BARON. — ¿Si aspirase á entrar  
en su familia el doncel...?

(*El marqués se levanta con altivo impetu.*)

MARQUÉS.—¿Y quiere usted comparar

con el oro al oropel?

BARON. —¿Y usted piensa que me humilla  
con su altivez?

MARQUÉS.— ¡Vive Dios!

BARON. —Soy título de Castilla.  
No hay distancia entre los dos.

MARQUÉS.—En la nobleza de cuna  
se guarda el lustre en el nombre.  
Los títulos de fortuna  
sepúltanse con el hombre.

BARON. —El orgullo que le ciega  
le hace ver en este artículo...

MARQUÉS.—Caballero, gente llega.  
Evitemos el ridículo.

ESCENA 7ª.

*El Marqués-presidente, dando el brazo á Matilde, don Álvaro á su izquierda y detrás don Juan, salen por la puerta al foro.*

EL MARQ.—Querida prima, los dos  
abusan de mi persona.  
Caballeros....

*(Saluda al marqués y al baron que se inclinan profundamente.)*

D. ÁLVARO-- Muchas gracias  
por el favor que me otorga.

EL MARQ.—¿Viene usted?

D. ALVARO-- Me representa  
Don Juan.

EL MARQ.— Bueno. Tanto monta.  
*(Entran en el salon el marqués, Matilde y don Juan.)*

D. ALVARO--Usted perdone, Barón;  
yá su bondad me es notoria.  
Quisiera con el marqués  
quedar un momento á solas.

BARON. —Comprendo.

D. ALVARO-- Cinco minutos.  
Y tambien tengo una cosa  
que decir á usted, si gusta  
darme una audiencia muy corta.

BARON. —No tardaré y hablaremos. *(Váse.)*

MARQUÉS.—*(Ap.)* Conmigo vá el cuento ahora.

*D. Álvaro y el marqués.*

D. ALVARO--¿Se sirve usted dispensarme su atencion, señor marqués?

MARQUÉS.—Seguro.

D. ALVARO-- De su bondad poco tiempo abusaré.

MARQUÉS.—Cuanto juzgue necesario, y entendiere menester.

D. ÁLVARO--Pero si á usted le parece, hablemos cómodos.

MARQUÉS.— Bien.

*(Se sientan.)*

¿Qué tiene usted que mandarme?

D. ÁLVARO.--Sin duda ha extrañado usted que antes de hoy no procediera la entrevista.

MARQUÉS.— Puede ser.

D. ÁLVARO--Y allá para sus adentros habrá dicho que no es esta profunda reserva que se quiere mantener ni en Matilde delicada, ni de parte mia cortés.

MARQUÉS.—Francamente....

D. ALVARO-- Usted perdone; que aun me resta que esponer. Mayor parece la culpa si se atiende al interés lejítimo de familia que á usted le compete, á fuer de cabeza de su estirpe, y celoso de su prez.

MARQUÉS.—Usted se lo dice todo.

D. ALVARO--Y es fácil de comprender. Aunque sea Matilde viuda, mayor de edad, y le den sus circunstancias derecho de sí misma á disponer...

MARQUÉS.—Las tradiciones....

D. ÁLVARO-- Sagradas son para mí, toda vez

que prestan á las costumbres  
su razon y su valer.

MARQUÈS.—Exactamente.

D. ÁLVARO-- Por tanto,  
yo, respetándolas, sé  
que no hay estado ninguno  
que emancipe á la muger  
de clase de consultar  
el cómo, cuando y con quien,  
de un solemne compromiso  
á quien lo deba de hacer.

MARQUÈS.—Perfectamente... en teoria.

D. ÁLVARO --¡Oh! y en práctica tambien;  
que yo sé conciliar  
el derecho y el deber.  
Yo no soy un Juan Fernandez  
descamisado ¡pardiez!  
que de nadie una repulsa  
fundada pueda temer.  
Y en todo caso me incumbe  
solicitar la merced  
á que aspiro, y en la fórmula  
que exige el bien parecer.  
Y si tengo la desgracia  
de sufrir duro revés  
quedo en plena y absoluta  
libertad de resolver.

MARQUÈS.—¿Y cómo esplicar entonces...?

D. ÁLVARO--Todo tiene su porqué;  
pero sin preliminares  
la cuestion no es fácil ver.

MARQUÈS.—Adelante.

D. ÁLVARO-- Estas son cosas  
que están al comun nivel,  
y el que alegue su ignorancia  
se acredita hasta de soez.  
Con que para no cumplir  
lo que previene esta ley  
algun grave y poderoso  
motivo debe de haber.

MARQUÈS.—Si usted se sirve decirmelo  
mucho lo agradeceré.

D. ÁLVARO --(*Con reserva.*) Matilde tiene ambicion.

MARQUÈS.—¡Cómo!

D. ÁLVARO-- Ambicion de acrecer  
 el brillo de su familia;  
 de aumentar la esplendidez  
 de sus recuerdos históricos,  
 y de rejuvenecer  
 con blasones de presente  
 los timbres de lo que fué.

MARQUÉS.— ¡Pretension original!

D. ÁLVARO.— La mortifica el desden,  
 con que usted trata al moderno  
 sistema, y lo anexo á él.

MARQUÉS.— Nunca me ha dicho....

D. ÁLVARO.— Temía  
 chocar con su parecer.  
 Pero ella dice: «mi hermano  
 está llamado á un papel  
 en relacion con su mérito  
 solamente con querer.»

MARQUÉS.— Pero no estoy en el caso  
 de incorporarme al tropel  
 de ambiciosos pretendientes  
 que pululan por do quier.

D. ÁLVARO-- ¡Qué disparate! Los hombres  
 de arraigo y de madurez  
 esperan una ocasion  
 propicia de merecer  
 ó distincion ó confianza  
 por su clase ó por su fé.

MARQUÉS.— Bien dicho.

D. ÁLVARO.— Para acercarse  
 al gobierno, y merecer  
 ó distincion ó confianza,  
 cual de intento las marqué,  
 interpósita persona  
 es muy del caso tener.

MARQUÉS.— Cabal.

D. ÁLVARO-- Odio la política,  
 y me asusta esa Babel;  
 y ni yo soy corredor,  
 ni el gobierno es mercader.  
 Pero soy amigo íntimo,  
 y muy antiguo, del buen  
 Presidente del Consejo,  
 hombre de gran sensatez,

y acerca de usted muy claro  
y terminante le hablé.

MARQUÈS.—¡Ola!

D. ÁLVARO-- El gobierno creia,  
ó habia llegado á entender,  
que usted era refractario  
á este régimen novel,  
y acérrimo defensor  
del que finó de vegez.

MARQUÈS.—Yo sé vivir con mi siglo.

D. ÁLVARO--Eso mismo aseguré.

MARQUÈS.—La libertad con el órden  
estoy pronto á defender.

D. ÁLVARO--Hace tiempo que el gobierno  
buscado hubiera el sosten  
de su prestigio, si no  
le hubieran hecho entrever  
que usted se hallaba dispuesto  
á un alarde de altivez.

MARQUÈS — ¡Torpe calumnia, D. Alvaro!

D. ÁLVARO.—En fin, pude convencer  
al Presidente y le dije:  
» Esa es una estupidez.  
» El marqués de Mondragon  
» es incapaz de ofender  
» al gobierno que de aprecio  
» un testimonio le dé.»

MARQUÈS.—(*Alargando la mano á D. Álvaro*)  
Le agradezco esa justicia.

D. ÁLVARO.--«Yo no me quiero meter  
» en cábalas, añadí,  
» ni entrar en ese belen  
» de mediaciones y tratos  
» para unir á este y aquel;  
» pero si libre de cláusulas,  
» convenios, ni establecer  
» compromisos, me concede  
» comprobar lo que esplané,  
» fío que acepta la gran cruz  
» de Carlos ó de Isabel.

MARQUÈS.—(*Levantándose.*) Usted es un caballero,  
y me sabe comprender.

D. ÁLVARO--(*Levantándose.*) Y dicho y hecho, el diploma  
á la firma anoche fué,

(Presentán- y hoy lo presento á Vucencia  
doselo.) con indecible placer.

MARQUÉS.—(Abrazándole.) ¡Querido hermano!

D. ÁLVARO.— Por esto  
mi pretension dilaté.  
Era un complot con Matilde,  
y vivo empeño de tres;  
porque el marqués-presidente  
se ha portado como un rey.

MARQUÉS.—Creo que sale, y es muy justo  
al favor corresponder.

ESCENA 9.<sup>a</sup>

*Dichos, el Marqués-presidente, Matilde, D. Juan y à poco el  
Baron.*

MARQUÉS.—Si Vucencia me permite  
acompañarle....

EL MARQ.— Me honra  
la pretension de Vucencia  
en su fondo y en su forma.  
Señor Baron.

BARON. — Señor mio.

EL MARQ.—Para un asunto que importa  
mucho convendría nos viésemos  
esta noche.

BARON. — Sitio y hora.

EL MARQ.—En mi despacho, á las doce.

BARON. —Vucencia de mí disponga.

EL MARQ.—Adios, Álvaro.

D. ÁLVARO.— Marqués,  
queda aceptado el diploma.

ESCENA 10.

*D. Alvaro y el Baron.*

BARON. —(Ap.) La cita con el ministro  
algo de grave me anuncia.

(Alto.) Me tiene usted á sus órdenes,  
si en algo ocuparme gusta.

D. ÁLVARO.—Baron, tome usted asiento,  
y escúcheme con mesura,

aunque el punto que se trate  
desagrado le produzca.

BARON. —Atento escucho, D. Álvaro.

(*Se sientan.*)

D. ÁLVARO.—Tengo razones y muchas  
para conocer los hombres  
por buena ó mala ventura.  
y cuando yo, entre la escoria  
que en la humanidad abunda,  
á uno señalo por digno  
de aprecio y de estima justa  
es oro que en el crisol  
su valor y ley denuncia.

BARON. —Su perspicacia conozco,  
preciada por su cultura.

D. ÁLVARO.—Vine á la córte há dos años  
á colocar mi fortuna,  
con prevencion recelosa  
contra el dolo y la impostura;  
en guardia contra parásitos  
y caballeros de industria;  
resuelto á burlar busconas  
y á preservarme de astucias:  
una fragata blindada  
en estas aguas impuras.

BARON. —¿Y la linterna de Diógenes  
prestaba auxilio á su busca?

D. ÁLVARO.—Encontré un hombre, Baron;  
tipo observado con suma  
proligidad; tipo raro,  
inverosímil; que estudia  
y que no comprende mi alma  
cómo entre cieno reluzca  
como salamandra á salvo  
del fuego que la circunda.  
Usted tambien le conoce.  
Simpática es su figura:  
su talento proverbial:  
su honradez fuera de duda:  
su posicion decorosa,  
y hoy su carrera segura.

(*Páusa.*)

BARON. —Siga usted, y cuando acabe  
le ruego no me interrumpa.

D. ÁLVARO.--Yo, que opulento y sin vínculos,  
 hago vida vagamunda,  
 si no me deajo esplotar  
 de la trapacera turba,  
 tengo un deber de prestarme  
 de los buenos á la ayuda.  
 Porque Dios no dá riqueza  
 al hombre para que brusca  
 y torpemente se eleve  
 sobre las demás criaturas;  
 ni para que á sus antojos  
 virtud y honor prostituya;  
 ni para que plebe idólatra  
 le rinda ovacion inmunda.  
 La riqueza es como el sol,  
 una fuente de luz pura,  
 y Dios con ella á sus obras  
 las vivifica y fecunda.

BARON. —¿Pero usted ha terminado?

D. ÁLVARO--Déjeme usted que concluya.  
 Considere usted á don Juan  
 (si es que á su hija le rehusa)  
 como á un hijo de adopcion  
 á quien mi cariño escuda.

BARON. —¿Puedo hablar?

D. ÁLVARO-- Suplico á usted  
 que medite su repulsa.

BARON. —(*Levantándose.*) Hé dado á usted de mi aprecio  
 prueba cabal é inconcusa,  
 tolerando que me ocupe  
 de asunto que me repugna.  
 En don Juan de Albarracin  
 mi encono y furor se juntan;  
 que su audacia y su malicia  
 todos mis cálculos frustran.  
 Él destruye mi ambicion;  
 en mi camino se cruza;  
 y mientras que mata á la hija  
 al padre aflijido insulta.  
 Si este es el tipo selecto  
 que usted ensalza y encumbra  
 con proteccion semejante  
 á su pundonor injuria.

D. ÁLVARO--A ese jóven debe usted

hallarse en candidatura,  
y que el marqués-presidente  
su gracia le restituya.

BARON. —Pues yo de usted, ni del jóven,  
admito gracia ninguna....

D. ÁLVARO--Bien hecho.

BARON. — Porque á los dos  
rechazo desde mi altura.

D. ÁLVARO--(*Levantándose.*) ¡Señor Baron!

BARON. — Caballero....

D. ÁLVARO--Usted de su fuero abusa;  
que yo respeto las canas  
aunque se tiñan y encubran.

BARON. — ¡Basta!

D. ÁLVARO-- No; que la verdad  
como fiero dardo aguda  
voy á clavar en su pecho,  
sin que le libren argucias.  
Usted que de la dolencia  
de Leonor á Juan acusa,  
inmola á su propia hija  
á prevenciones injustas.  
Usted despedaza un alma  
que rebosa fé y ternura,  
mientras con rudos despechos  
hunde á Leonor en la tumba...

BARON. —(*Angustiado.*) Don Álvaro!

D. ÁLVARO--Usted afecta  
ignorar lo que le auguran  
los síntomas alarmantes  
que yá en Leonor se pronuncian;  
y resiste comprender  
el origen de esa cruda,  
insidiosa enfermedad,  
que pronto no tendrá cura....

BARON. —(*Con viva ansiedad.*) Don Álvaro!

D. ÁLVARO--Siga usted:  
que el curso no se interrumpa  
de esa empresa meritoria  
que á sus instintos adula.  
Niegue su bien á un mancebo  
sin causa fundada alguna;  
emponzoñando su espíritu  
con la hiel de la amargura.

Complete usted esa hazaña  
 á que el infierno le impulsa;  
 sacrificando á su hija  
 á su vanidad estúpida.

BARON. (*Fuera de sí.*) ¡Caballero!

D. ÁLVARO-- Y cuando solo  
 se encuentre en su desventura,  
 y asechanzas codiciosas  
 y rastreras le circuyan,  
 no implore usted compasion  
 de quien conozca su culpa;  
 que el parricida es indigno  
 de que la tierra le sufra.  
 "Caín ¿qué has hecho de Abel?"  
 la conciencia le pregunta,  
 y se esconde, temeroso  
 de que á la cara le escupan.

BARON. —Oh! la luz del desengaño  
 me quema al par que me alumbra,  
 y activo el remordimiento  
 en el corazon me punza.

#### ESCENA 11

*Dichos y Domingo.*

DOMINGO. —¡Ay mi amo...! ¡Cuánto susto!  
 Me pensé que era difunta.

D. ÁVARO--Habla.

DOMINGO.— La niña Leonor....

BARON. —Leonor!

DOMINGO. — ¡Qué cosa tan súpita!  
 Cayó en el suelo de pronto....

BARON. —¡Hija mia! (*Sale precipitadamente.*)

DOMINGO.— Junto á la estufa....  
 ¡Calla! Se fuè... (*Don Alvaro sale por el foro.*)  
 Pues mi amo  
 tambien... ¡Ay que barahunda!  
 Del amor y de la muerte  
 no se escapa una criatura:  
 lo mismo blanca que negra,  
 que de color de asituna.  
 Domingo, mucho cuidado,  
 no te haga daño esa fruta. (*Sale por la derecha.*)

ESCENA 12.<sup>a</sup>

*D. Juan, después Matilde, D. Álvaro, y el marqués, seguidos del Barón que trae á Leonor del brazo cuidadosamente.*

D. JUAN.—Consúmese el sacrificio;  
que hoy mi posición fatal  
me equipara á un criminal  
que camina hácia el suplicio.  
Y voy á verla morir  
como la agostada flor,  
y de su padre el rigor  
mudo, inmóvil, á sufrir.

MARQUÉS.—Y parecía tan á gusto  
recorriendo el invernáculo.

D. JUAN.—(Ap.) Santo cielo! ¡Qué espectáculo!

LEONOR.—Les hé causado un disgusto;  
más yá me siento aliviada.

MATILDE.—¿De veras?

LEONOR.— Estoy mejor.

Fué una especie de vapor.

BARON.—¿No te encuentras fatigada?

D. ÁLVARO--Tan débil no es maravilla.

Ánimo. Repose usted.

BARON.—Don Juan ¿me hace la merced  
de aproximar esa silla?

D. JUAN.—Si señor. (Ap.) Rara mudanza!

BARON.—Acérquese: lo concedo. (Sienta á su hija.)

(Ap. á D. Alvaro.) ¿Podré esplicarme sin miedo...?

D. ÁLVARO--Si: con entera confianza.

BARON.—¿Lo asegura usted?

D. ÁLVARO-- De fijo.

BARON.—Buscando dicha y reposo,  
Leonor, te doy un esposo,  
y quiero ganar un hijo

LEONOR.—Padre!

D. JUAN.— Señor!

BARON.— Colme Dios  
nuestras esperanzas todas!

MATILDE.—Se harán juntas nuestras bodas.

MARQUÉS— Seré testigo en las dos.

D. ÁLVARO--Nuestros votos son cumplidos  
en el mismo punto, Juan,

y al término de su afan  
llegan los desconocidos.  
Del alma en lo mas profundo  
grita mi conciencia á voces:  
"Gracias, Señor, tú conoces  
á quien desconoce el mundo."

*(Cae el telon.)*

Sevilla 31 de Enero de 1867.—*Se autoriza su representacion.*—EL GOBERNADOR—AUÑON.—Hay un sello del gobierno de la provincia.



## GALERÍA DRAMÁTICO-LÍRICA SEVILLANA.

LOS DESCONOCIDOS.—Tres actos.—N.º 1.

LA CUESTION DEL BANCO.—Un acto.—N.º 2.

EL BERGANTIN RAYO (zarzuela).—Dos actos.—N.º 3

### GALERÍA BUFA SEVILLANA.

---

UNA NOCHE DE TRUENO.—Un acto.—N.º 1.

UN CONCURSO DE ACREEDORES.—Id.—N.º 2.

EL ÚLTIMO WALS.—Id.—N.º 3.

CRÍA CUERVOS.—Id.—N.º 4.

EL CAFÉ DE ROSALÍA.—Id.—N.º 5.

FLIN FLAN.—Id.—N.º 6.

DEUDA SAGRADA.—Id.—N.º 7.

**Se espenden los ejemplares en Sevilla:**

LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA.—Siérpes, 35.

ALMACEN DE MÚSICA DE PALATIN.—Siérpes, 32.

DESPACHO DE BILLETES del teatro de Variedades,  
Bayona, 6.

**Madrid y provincias:**

Corresponsales de la Administracion lirico-dramática—  
"EL TEATRO."